



TERESA M^a MAYOR FERRÁNDIZ

Las mujeres en la vida de Alejandro Magno

RESUMEN

La historiadora Mary Nash señala que la *ausencia* o *invisibilidad* de la mujer en la mayoría de los estudios históricos no se ha debido a ninguna malevolencia sino a una "*concepción androcéntrica de la historia*" (1), muy alejada de los planteamientos de la llamada "*Her-story*" o Historia de las Mujeres, cuyos planteamientos beben directamente en el pensamiento feminista. Por esta y otras razones, apenas se suele hablar de las mujeres que ocuparon un lugar importante en la corta vida de Alejandro Magno, como su madre Olimpia, sus tres o cuatro esposas legítimas, su nodriza Lanice, la reina persa Sisigambis y la reina Ada de Caria, entre otras muchas.

PALABRAS CLAVE

Alejandro Magno, Olimpia, Lanice, Roxana, Efestion.

Teresa M^a Mayor Ferrándiz

Licenciada en Geografía e Historia

Profesora de Bachillerato y Secundaria

teresa.mayor@gmail.com

Claseshistoria.com

15/12/2010

La historiadora Mary Nash señala que la *ausencia* o *invisibilidad* de la mujer en la mayoría de los estudios históricos no se ha debido a ninguna malevolencia sino a una "*concepción androcéntrica de la historia*" (1), muy alejada de los planteamientos de la llamada "*Her-story*" o Historia de las Mujeres, cuyos planteamientos beben directamente en el pensamiento feminista. Por esta y otras razones, apenas se suele hablar de las mujeres que ocuparon un lugar importante en la corta vida de Alejandro Magno, como su madre Olimpia, sus tres o cuatro esposas legítimas, su nodriza Lanice, la reina persa Sisigambis y la reina Ada de Caria, entre otras muchas. Mujeres que amaron o que fueron amadas por el joven rey, mujeres con las que contrajo matrimonio, mujeres con las que mantuvo importantes vínculos afectivos, o mujeres que sirvieron como pretexto y moneda de cambio para establecer alianzas políticas entre diferentes etnias y pueblos (como el macedonio, el persa, el bactriano, el sogdiano...). La mayor parte de los historiadores están de acuerdo en señalar la más que segura homosexualidad de Alejandro y su amor indiscutible, constante y fiel por su amigo Hefestión y por el hermoso eunuco persa Bagoas, que la novelista Mary Renault hace protagonista de su famosa novela "*El muchacho persa*"... Una homosexualidad que no desdeñaba la presencia femenina, ni excluía las relaciones sexuales con mujeres, pues el joven rey macedonio, como su padre Filipo II, mostraba apetencias sexuales en una y otra dirección.

1- OLIMPIA, SU MADRE (375 - 315 a. C.)

En el año 357 a. C. el rey Filipo II de Macedonia se apodera de Anfípolis, ciudad que se encontraba muy cerca del monte Pangeo, famoso por sus minas de oro, cuya posesión le era imprescindible para su política imperialista de unificación del mundo heleno bajo su dominio.

En un viaje a la isla de Samotracia, situada a un día de navegación de Anfípolis, conoce a la princesa Olimpia (llamada también Olímpíade), joven de gran belleza y profundamente religiosa, hasta el fanatismo. Olimpia era hija del fallecido rey de Epiro, que había ido allí, a Samotracia, para participar en los ritos orgiásticos de los Cabiros, divinidades de marcado carácter *ctónico*. Los Cabiros eran hijos o nietos de Hefesto, eran deidades del fuego, genios de los volcanes y del principio ígneo y, también, posibles genios de la fecundidad. Se les rindió culto en tierras de Beocia, Tebas, Lemnos, Imbros y Samotracia (2). Este "*encuentro*" amoroso es narrado por Plutarco:

Filipo participando junto con Olímpíade en los ritos de iniciación de Samotracia, cuando él no era más que un joven y ella huérfana de padres, concretó su boda con Olímpíade, tras haber obtenido el consentimiento de su tío, Arribas (3).

Y por Justino:

Después del feliz resultado de estas empresas, casó con Olímpíade, hija de Neoptólemo, rey de los molosos. El casamiento fue preparado por el primo hermano y tutor de la doncella, Arribas, rey de los molosos, que estaba casado con Tróade, hermana de Olímpíade (4).

Los molosos eran un antiguo pueblo del sudeste del Epiro. Neoptólemo I, padre de Olimpia, compartió el trono con su hermano pequeño Arribas (llamado también Aribas). Cuando éste murió, Arribas se casó con la hija mayor de su hermano, su sobrina Tróade, y se hizo tutor de sus otros dos hijos: Alejandro y Olimpia.

El "encuentro" y posterior matrimonio de Olimpia con el rey de Macedonia es, para Justino, la causa principal de las desgracias de Arribas, porque, en el año 342 a.C., fue destronado por Filipo II, para poner en su lugar a Alejandro, su joven cuñado moloso, con quien había mantenido relaciones homosexuales, según la narración de este moralista escritor latino:

Llamó a Alejandro, hijastro de aquél y hermano de su esposa Olímpíade, joven bello y honesto; y, después de haberlo atraído con todas las atenciones y con la esperanza de la realeza, fingiendo un amor apasionado, lo indujo a unas relaciones deshonestas, con la intención de tener de él una mayor docilidad, sea por la vergüenza de su conciencia, sea por el regalo del reino. Así pues, cuando hubo llegado a los veinte años, aunque todavía muy joven, le entregó el reino que había quitado a Arribas, siendo un criminal en ambos casos, porque no respetó el derecho de parentesco en aquél al que había quitado el reino, y aquél a quien se lo dio lo prostituyó antes de hacerlo rey (5).

Años más tarde Filipo dio su propia hija, Cleopatra, que había tenido con Olímpíade, como esposa a su cuñado Alejandro. Es otro ejemplo de matrimonio tío-sobrina.

Volviendo a Olimpia, después de esta breve disertación, Plutarco nos hace saber que muchas mujeres epirotas se entregaban, con verdadero éxtasis místico, a toda clase de rituales orgiásticos:

Las mujeres de esta tierra son iniciadas en los misterios órficos y en las orgías del culto de Dioniso desde épocas muy remotas (6).

Es precisamente en tierras macedonias donde Eurípides escribe su escalofriante tragedia "Las Bacantes". En estas ceremonias y ritos destacaba, de manera muy elocuente, la princesa Olimpia:

Olimpia con mayor celo que las demás se entregaba a esta posesión divina, y era dominada por esta inspiración de un modo un tanto bárbaro, se introducía en las procesiones llevando enormes serpientes semidomesticadas que irguiéndose frecuentemente desde la hiedra y los cestos místéricos y enroscándose en torno a los tirsos y coronas de las mujeres, provocaban el espanto entre los hombres (7).

El símbolo de la serpiente es ambivalente, polisémico. Puede significar tanto la vida como la muerte. También es ctónica, como animal que mora en las entrañas de la Tierra (8). La serpiente aparece ligada al dios Dioniso:

*Y Zeus engendró, cuando las Moiras
Lo determinaron, al dios de cuernos de oro
Y lo coronó de serpientes
A modo de diadema (9).*

Por eso las Ménades de la tragedia de Eurípides lo invocan así:

*Maniféstate como toro o como multicéfala
Serpiente o como león de aspecto llameante (10).*

No es casualidad que estos tres atributos: cuernos, serpiente y melena de león aparezcan, indisolublemente, unidos a la iconografía tradicional de Alejandro Magno.

El matrimonio entre Filipo y Olimpia se celebró inmediatamente y la noche de bodas debió ser un tanto "fogosa", según Plutarco:

Le pareció a la novia que tras haberse producido un relámpago, vino un rayo a caer en su vientre, y que a resultas del golpe se prendió un violento fuego que se derramó más tarde en llamas por todas partes y acabó por consumarse (11).

Filipo, a su vez, soñó que sellaba el vientre de su mujer con la imagen de un león. Recordemos que la madre de Pericles, Agarista, soñó que paría un león:

Mientras estaba embarazada, tuvo en sueños una visión: creyó ver que paría un león; y, pocos días después, le dio a Jantipo un hijo: Pericles (12).

Aristófanes lo parodia en su comedia "Los Caballeros" (versos 1037 y siguientes).

Filipo acude a los adivinos para intentar averiguar el oculto significado de su enigmático sueño. Obtiene dos respuestas muy similares: que preste mayor vigilancia a su esposa Olimpia y que

La madre estaba ya embarazada, pues, nadie sella nada que esté vacío (13).

¿Embarazada de quién? ¿Es el resultado de la participación de Olimpia en las orgías dionisiacas como "bacante"? Sea como fuere, Filippo empieza a vigilar a su esposa y, un día, se encuentra con la sorpresa de ver

A una serpiente que yacía al lado de Olímpide mientras ésta estaba acostada, y dicen que fue esto más que ninguna otra cosa lo que hizo enfriar el amor y afecto de Filippo, de suerte que a partir de ese momento rara vez acudió a dormir con ella, bien fuera porque temiera los encantamientos y maleficios de esta mujer, bien porque rehusara la compañía de alguien que mantenía relaciones con un ser de naturaleza superior (14).

El rey macedonio descubre un "rival celeste" que no es otro que el propio dios Zeus. Esta es la leyenda que precede al nacimiento de Alejandro Magno y que marcará la futura personalidad del muchacho, que fue educado por su madre, Olimpia, en la creencia de que era hijo del rey de los dioses, del propio Zeus-Amón, una divinidad doble greco-egipcia.

La iconografía de Alejandro Magno con los atributos de Zeus-Amón aparece, sobre todo, en las monedas. Se debió a Lisímaco en el año 303 a. C. La inspiración para esta imagen de Alejandro viene dada por varios acontecimientos: la leyenda de su milagrosa concepción, la conquista de Egipto, la fundación de la ciudad egipcia de Alejandría y su visita oracular al santuario del oasis de Siwa, donde fue proclamado hijo del dios (Plutarco, *Alejandro*, 27, 5-9; Diodoro, 51, 1-3).

La imagen de Alejandro como hijo de Zeus-Amón fue popularizada por los Ptolomeos, los cuales se autoproclamaron herederos naturales del cuerpo momificado de Alejandro y de la idea de la unificación de los países y de los seres humanos. Idea universalista, promovida y puesta en práctica en los últimos años de la corta vida de Alejandro. En numerosos museos se pueden contemplar estos "tetradracmas" en los que aparece retratado, con bastante fidelidad, el joven monarca macedonio, de perfil, con su cabeza ceñida por la diadema de héroe victorioso que está adornada con los cuernos retorcidos del dios egipcio Amón (15).

Filipo consultó el Oráculo de Delfos acerca de *lo que había visto* y el dios Apolo, por boca de la Sibila, le hizo saber que perdería el ojo con el que había contemplado a su esposa Olimpia yacer con la Serpiente divina, que era (¡milagro!) el propio dios Zeus metamorfoseado (Plutarco, *Alejandro*, 3, 1-3).

Satisfecho por esta explicación, Filippo reanudó sus relaciones con su mujer y tuvo de ella a su hija Cleopatra, ya citada en estas páginas.

Además de Olimpia, Filippo fue un rey polígamo que contrajo una serie de matrimonios, con la finalidad de anexionarse los territorios adyacentes a Macedonia. Su esposa Fila

procedía Elimiótide, Audata Eurídice de Iliria, Filina y Nicépolis de Tesalia y Meda del país de los getas (16).

Ateneo recoge un testimonio de Sático el Peripatético para hablarnos de los numerosos matrimonios de Filipo de Macedonia, llegando a la conclusión de que

En cada guerra, contraía un nuevo matrimonio (...). Luego adquirió también el reino de los molosos al casarse con Olímpade, de la que tuvo a Alejandro y Cleopatra. Y cuando tomó Tracia llegó junto a él a Cotelas, el rey de los tracios, trayendo consigo a su hija Meda y muchos regalos. Y a ella la tomó como segunda esposa junto a Olímpade. Además de todas ellas se casó con Cleopatra, de la que estaba enamorado, (...) que era sobrina de Atalo; y por traerla a casa junto a Olímpade toda su vida estuvo inmerso en la confusión (17).

En el año 337 a. C. es cuando Filipo II decide casarse con una joven muchacha llamada Cleopatra, que pertenecía a la más alta nobleza macedonia, pues era sobrina del general Atalo. Según se puede leer en los textos antiguos, Filipo se casó con ella por amor y no por razones políticas, como había hecho en sus numerosos y anteriores matrimonios. Esto era una *novedad* y provocó los celos y la posterior ruptura con Olímpia y, además, un enfrentamiento del príncipe Alejandro con su padre, porque el muchacho se puso de parte de su madre:

Atalo, tío de la muchacha, borracho durante el banquete, invitaba a los macedonios a que rogaran a los dioses que de Filipo y Cleopatra naciera un heredero legítimo para el reino. Encolerizado Alejandro ante estas palabras le dijo: "Acaso yo, cabeza perdida, te parece que soy un bastardo", al tiempo que le lanzó una copa. Entonces Filipo se puso en pie en dirección a Alejandro, echando mano a su espada, pero por suerte para ambos, debido al ímpetu y a lo bebido que iba resbaló y cayó. Alejandro, lleno de insolencia: "Pues éste es, amigos -dijo-, el que se disponía a pasar de Europa a Asia, el que pasando de un sillón a otro se ha caído al suelo". Tras esta escena de borrachos tomó Alejandro a su madre, Olímpade, y la asentó en el Epiro, mientras él fijaba su residencia en Iliria (18).

¿Qué sentimientos podría experimentar una mujer como Olímpia ante esta afrenta? Podemos imaginarnos su rabia y su sed de venganza por la llegada de una nueva esposa, mucho más joven que ella, que pasa a ocupar el lecho de Filipo y, mucho peor, muy pronto la joven desposada aparece embarazada del rey macedonio. ¿Que sería de su muy querido hijo Alejandro si el fruto del embarazo fuera un varón? ¿Quién sería, finalmente, el heredero de la corona: el hijo de Cleopatra, *cien por cien macedonio puro*, o Alejandro, sólo *macedonio a medias*?

En agosto del 336 a. C. los temores de Olímpia se materializaron y la joven Cleopatra, su rival, dio a luz a una criatura de la que las fuentes conservadas no nos informan casi nada. Ignoramos, pues, su sexo y el nombre que le dieron.

Según nos cuenta Pausanias en su "*Descripción de Grecia*" (VIII, 7), después del asesinato de Filipo, que luego analizaremos, Olimpia mandó matar a Cleopatra y a su hijo recién nacido. Ambos fueron quemados vivos por orden de la vengativa y repudiada reina, todo ello según algunas (¿tendenciosas?) fuentes que, probablemente, la tratan de desprestigiar, por ser mujer y tener mucho poder. Los historiadores antiguos (todos ellos varones) elaboran una especie de "*leyenda negra*" acerca de esta mujer a la que califican de neurótica, orgiástica (sin connotaciones sexuales), histérica, violenta y "*dominada por supersticiones y brujerías*". Pero por otra parte, nosotros podemos entender a esta apasionada mujer, a esa madre que defiende a hijo Alejandro como una leona, a esa esposa alejada de su polígamo marido, entregada a cultos orgiásticos de tipo báquico y demás divinidades, como un "*sucedáneo perfecto de un matrimonio frustrado y sin amor*" (19), por decirlo con palabras de Juan Carlos Chirino. Esta hostilidad hacia Olimpia, por parte de muchos textos antiguos, se debe, sobre todo, al profundo odio que le profesaba Casandro, rey de Macedonia, que acabó con su vida, como luego veremos (20). Bosworth nos hace saber que Alejandro

Mostró su horror ante el crimen, pero no parece que hubiera hecho nada para proteger a las víctimas y, además, sus muertes no dejaban de favorecerle (21).

Opinión que no contradice el texto de Plutarco (X, 7):

Se enojó con su madre, Olímpíade, porque durante su ausencia había tomado cruel venganza sobre Cleopatra.

Hammond duda de la implicación de Olimpia en estos crímenes:

Las fuentes sensacionalistas hicieron que Olimpia ordenara los asesinatos y que Alejandro se lamentase de ellos, pero su veracidad es muy dudosa. Es posible que la asamblea de los macedonios tomase la decisión de acuerdo con la tradición de "aquellos unidos por la sangre con un traidor debían ser ejecutados" (22).

Para apoyar esta tesis, podemos acudir a Quinto Curcio Rufo, quien se refiere a esta brutal y cruel "*costumbre*" con estas palabras:

La ley macedonia según la cual los parientes de aquéllos que hubieran conspirado contra el rey debían ser ajusticiados con ellos (23).

De hecho se acababa de descubrir que Atalo había mantenido una sospechosa comunicación con el orador ateniense Demóstenes, el principal opositor y enemigo notable de Alejandro en Atenas, según nos hace saber Quinto Curcio (3, 1-3). Alejandro le hace asesinar sin muchas contemplaciones, al igual que a sus otros opositores, entre los que se encuentra su primo Amintas.

¿Cuál es la razón principal, o las múltiples razones, de este regicidio perpetrado en el teatro de Egea, durante la celebración del matrimonio de su hija Cleopatra con

Alejandro, el rey de los molosos? El asesino, Pausanias, había sido amado por Filipo, pero al verse reemplazado por otro joven de gran belleza, llamado también Pausanias, se dedicaba a mortificarle públicamente, acusándole de tener costumbres afeminadas. Indignado por ser tratado de cobarde y maricón, el hermoso joven acabó perdiendo la vida en una batalla, protegiendo con su cuerpo perfecto el cuerpo de su rey, en un acto de exaltado y suicida heroísmo viril. Atalo, tío de la nueva y joven esposa de Filipo, también enamorado del muerto, jura vengarse. Así, en el año 336 a. C., invita a un banquete a Pausanias y, después de emborracharle hasta hacerle perder el sentido, le hace violar por sus esclavos. Pausanias, poco después de su traumática violación, pide a Filipo que castigue a Atalo por el ultraje recibido, pero el rey macedonio no está dispuesto a castigar a uno de sus mejores generales. Filipo, para calmar los ánimos del irritado Pausanias, no hace otra cosa que ofrecerle regalos y un cargo militar entre su propia guardia personal. Pausanias no quedó satisfecho y va a quejarse a Alejandro, quien, según Plutarco (10, 6), le respondió con unos versos de la tragedia "Medea" de Eurípides, en donde la maga protagonista de la obra habla de tomar venganza:

"Contra el padre que ha concedido en matrimonio a su hija, contra el esposo y la esposa" (Versos 288 y siguientes).

O sea que Alejandro, con estos enigmáticos versos del gran trágico ateniense Eurípides, fallecido en Macedonia, invita, de una manera un tanto críptica, al humillado Pausanias a que se vengue él mismo en las personas de Atalo, de Cleopatra y de su propio padre Filipo. En la tragedia citada equivaldrían a Creonte, rey de Corinto y padre de la jovencita Glauce, a esta misma muchacha, la futura esposa del héroe Jasón, que acababa de abandonar a su primera esposa y, por esta razón, ella, Medea, añade a estas dos muertes otra venganza más atroz. Se venga en lo que más le puede doler: la muerte de los hijos que ambos han engendrado. Asesinato horrendo que, según la profesora Ana Iriarte, "no es ajeno al contexto de una sociedad en la que el derecho del padre sobre los hijos es presentado una y otra vez como una derrota de la figura de la madre" (24).

El hecho de que Pausanias fuese el brazo ejecutor del regicidio no excluye que no hubieran más implicados en la muerte violenta de Filipo II de Macedonia. Aristóteles nos habla de las "razones personales" de Pausanias ("Política", 1311 b, 2-4), pero ¿quiénes habían empujado su mano homicida? Plutarco afirma que:

En su mayor parte la culpa de haber inducido e incitado a este apasionado joven recayó sobre Olímpide, e incluso en cierto grado la acusación alcanzó al propio Alejandro (25).

O sea que Olimpia es "La Mala", la "Resentida", la "Vengativa", la "Esposa Bárbara" que, como una nueva reencarnación de Medea, otra mujer bárbara y hechicera, pone en manos del asesino el arma homicida para que lleve a cabo su crimen. O su ejecución. Olimpia, que es descrita por la escritora y novelista Mary Renault con estos trazos:

Olimpia fue una mujer de gran capacidad e inteligencia, cuyo juicio quedaba nublado por sus emociones; fue visionaria y orgiástica, aunque no en un sentido sexual; tuvo un tipo de orgullo que no se habría rebajado a cometer un vulgar adulterio. Para muchas mujeres el frenesí dionisiaco representó una especie de viaje liberador con drogas, pese a que sólo utilizaban vino y el resto correspondía a la autosugestión y a la emoción compartida. Olimpia le añadía una poderosa imaginación (...). Es posible que sufriera alucinaciones autoinducidas (26).

Descripción muy semejante a la que Johann Gustav Droysen, en 1833, había plasmado en su célebre y famosa Biografía de Alejandro Magno:

Bella, retraída, llena de fuego interior, rendía culto secreto a Orfeo y Baco y estaba entregada con el mayor furor a las oscuras artes de brujería de las mujeres tracias; cuéntase de ella que tomada parte en las bacanales nocturnas, poseída de loco frenesí, y que se la veía correr por las montañas a la cabeza de las demás bacantes, agitando locamente la serpiente y el tirso; sus sueños copiaban las imágenes fantásticas de que estaba llena su cabeza; se dice que en la noche anterior a su boda soñó que una tormenta espantosa la abatía y que un rayo inflamaba su vientre, provocando en él un incendio salvaje, para deshacerse luego en tremendas llamaradas.

Recordábanse las orgías nocturnas celebradas por Olimpia en las montañas de su tierra natal; recordábanse sus brujerías; que habían movido a Filipo a repudiarla; decíase que un día se había parado a escuchar en su dormitorio y había visto un dragón en su regazo...

Enseguida se presenta en Aigai para asistir a las ceremonias fúnebres de su esposo, como si hubiese presentado o sabido de antemano lo que iba a ocurrir; se dice que ella es la instigadora del regicidio, la que mandó preparar los caballos para la huida del asesino. Se dice también que el propio Alejandro no desconocía lo que se tramaba y que no era ajeno a ello (27).

Droysen recoge en su obra la célebre tradición que dice que en el transcurso de la noche en que Olimpia dio a luz a su hijo Alejandro (356 a. C.), el grandioso templo, dedicado a la diosa Ártemis, de la ciudad de Éfeso, fue destruido por el fuego, en un espantoso incendio, provocado por la acción de un loco que buscaba fama y notoriedad: Eróstrato. Se dijo que la propia diosa Ártemis estaba supervisando la llegada de Alejandro al mundo y, por tanto, había dejado el hermoso templo de Éfeso abandonado a su suerte, razón por la cual los sacerdotes orientales de la diosa (todos ellos eunucos) profetizaron el nacimiento de un gran calamidad para los pueblos de Asia (28).

Nos encontramos, pues con una Olimpia poseída por la terrible "hybris" de las heroínas trágicas, posesión que la convierte en una fémina peligrosa y diabólica...

Pero ¿no tenía sus "razones" para actuar como actuó? Razones como esposa repudiada y razones como madre que protege y defiende a su único hijo varón, como lo haría una leona salvaje con sus cachorrillos, de unos enemigos que pueden hacerle daño. O desplazarle del trono de Macedonia. Recordemos, una vez más, que las fuentes nos demuestran una abierta hostilidad hacia Olimpia, tal vez por la influencia de su enemigo político Casandro. La helenista francesa Claude Mossé y el profesor italiano de filosofía clásica, en la Universidad de Bari, Luciano Canfora apoyan la tesis de la implicación de Olimpia en el regicidio:

Así, cuando ya todo parecía dispuesto para la campaña de Asia, Filipo fue asesinado; y todo parece indicar que su propia esposa, Olímpida, poseía del deseo morboso de allanar a su hijo el camino al trono, no fue ajena a la conjura (29)

En la conjura y asesinato de Filipo II no hay pruebas de que la madre y el hijo participasen en ella activamente. Además, Olimpia, en aquellos momentos, no estaba en Macedonia, sino que se hallaba en el Epiro, lejos de los dramáticos acontecimientos. Sin embargo mostró su alegría ante los hechos consumados. Unos acontecimientos que beneficiaban tanto a ella como a su hijo, tal y como escribe el historiador Paul Cartledge, quien, por cierto nos hace un retrato bastante desfavorable del joven rey macedonio:

El dedo de la sospecha señaló a Olimpia, esposa del fallecido separada de él y madre de Alejandro, y también a éste mismo, no sin cierta razón: a la postre, a él beneficiaba en mayor grado la muerte de su padre en aquel momento decisivo de la historia de Macedón, de Grecia, de Oriente Próximo y, de hecho, del mundo.

(...)

Hay fuentes antiguas que llegan a afirmar que Alejandro y Olimpia conspiraron conjuntamente para propiciar la muerte de Filipo, llevados del temor de que aquél quedase apartado de verdad de la sucesión.

(...)

Un (...) motivo que respalda la idea de que pudo haber estado envuelto en el asesinato de su padre es el trato que dispensó a quien lo perpetró. En lugar de hacer arrestar a Pausanias y someterlo a juicio, Alejandro Magno se aseguró de que muriera en un lugar cercano al del crimen que había cometido, a manos de otros tres de sus amigos más íntimos, de los cuales dos estaban destinados a alcanzar empleos de relieve a su servicio (30).

Desgraciadamente nunca se podrá saber la verdad porque la rápida ejecución del asesino Pausanias truncó la posibilidad de saber cuántas personas había involucradas en el regicidio que acabó con la vida del rey Filipo II. Por otra parte, Alejandro acabó castigando a todos los posibles culpables, actuación que también le sirvió para borrar

las posibles huellas que involucraban a su madre en el crimen, pues algunos pensaron que Olimpia había hallado en el ofendido Pausanias la gran oportunidad que el Destino le presentaba para acabar con su marido Filipo. Para Bosworth y, también, para Robin Lane Fox, Alejandro no intervino en el asesinato de su padre. Su argumento principal es:

De haber intervenido, sus cómplices, en caso de sufrir castigo alguno, habrían sido eliminados en secreto y en ejecución pública, durante la cual Alejandro habría corrido el riesgo de ser denunciado (31).

Arriano recoge la información de que el propio Alejandro afirma, en una carta posiblemente apócrifa, al rey persa Darío que Pausanias, el asesino de su padre, había sido sobornado por él para dar muerte a Filipo:

Mi padre pereció por obra de unos conspiradores que vosotros mismos conjurasteis según confiesan vuestras mismas cartas y de las que tanto os vanagloriáis ante todo el mundo (32).

Justino acusa directamente a Olimpia de complicidad con el regicida. Esta es su narración:

Es seguro también que Olímpíade tuvo preparados unos caballos para la huida del asesino. Es más, después de conocer el asesinato del rey, (...) había corrido a las exequias y la misma noche en que llegó puso una corona de oro sobre la cabeza de Pausanias que pendía de una cruz (...), ningún otro, salvo ella, había podido atreverse. Pocos días después mandó descolgar el cuerpo del asesino, hizo quemarlo sobre los restos de su marido, le levantó un túmulo en el mismo lugar y (...) cuidó que además se le ofrecieran sacrificios todos los años (...). Finalmente, la espada con la que se había dado muerte al rey, la consagró a Apolo bajo el nombre de Mirtale, pues Olímpíade había tenido este nombre cuando era niña. Y todo esto se hizo tan abiertamente que parece que tuvo miedo de que no se reconociera que el crimen había sido tramado por ella (33).

Impresionante. Pero hay que reconocer que Justino es un autor muy tardío, de cronología incierta y problemática, pues oscila entre finales del siglo I después de Cristo y finales del siglo III. Por lo tanto, sus comentarios están empañados por la espesa niebla del paso de los siglos (¡Ay el terrible y destructor poder del cruel y viejo dios Cronos!). Sin embargo una cosa parece clara: Olimpia quedó vencedora y dueña de la situación. Una situación que recuerda los asesinatos políticos que se daban en las cortes asirias, lidias y persas (Heródoto, I, 8-14, IX, 108-113). Posteriormente hechos similares se repitieron, también, entre los bizantinos, las monarquías visigodas y los harenes otomanos, donde las numerosas esposas de los sultanes turcos conspiraban unas contra otras, ayudadas, muchas veces, por algunos eunucos, que quieren sacar beneficios de dicha ayuda. Como ejemplo, podemos citar a Roxelana (1500-1558), la bella y ambiciosa esposa de Solimán el Magnífico, de origen ruso,

quien pasó de simple concubina del harén imperial a la categoría de primera esposa. Ella fue quien hizo estrangular a Ibrahim Pachá, que era gran visir, además de amigo de juventud del propio sultán otomano, por ser un peligro para sus propósitos, y al príncipe heredero Mustafá, para dejar libre el camino del trono para su hijo Selim (34). Por otra parte, las coincidencias entre Roxana, viuda de Alejandro, y Roxelana son algo más que simples cuestiones fonéticas relativas a su onomástica...Y es que Roxana, a su manera, imitará a su célebre suegra Olimpia, mandando eliminar, a quienes consideraba posibles rivales. Estas sangrientas intrigas de la opulenta corte otomana están muy bien reflejadas en la novela histórica del escritor, cantautor y político turco Omer Zülfü Livaneli titulada "*El gran Eunuco de Constantinopla*". Y salvando todas las distancias, de época, lugar y género, podemos citar, aquí, el hermosísimo film "*La linterna roja*" del realizador chino Zhang Yimou.

Olimpia se siente tan poderosa que es capaz de homenajear al asesino de su marido a la vista de todo el mundo, sin ninguna cortapisa ni inhibición... En muchos aspectos la figura de Olimpia puede hacernos recordar a otra mujer fuerte y poderosa: Agripina la Menor, que buscaba alcanzar el poder a través de su hijo Nerón, quien, en un primer momento, fue considerado como "*un instrumento en manos de su madre*". También Agripina la Menor, como Olimpia, estuvo detrás del asesinato de su esposo, el emperador Claudio, envenenado con un plato de setas, convenientemente "*preparado*" por la bruja Locusta, una eficaz "*experta en drogas*", según Suetonio, y servido por el eunuco Holato, según la narración del citado historiador Suetonio (*Nerón*, 33, 2-3). A raíz de la oportuna "*desaparición*" de Claudio, Agripina fue considerada por su agradecido hijo como "*Optima mater*" (35). También Olimpia es calificada por Quinto Curcio como "*la más dulce de las madres*" (V, 2, 22)

Cuando Alejandro abandona Macedonia y se dirige hacia el Helesponto, en el 334 a. C., le acompaña su madre. Ambos se despiden antes de que el joven monarca emprenda su "*aventura asiática*". Nunca volvieron a encontrarse. Su adiós fue definitivo, pero madre e hijo siempre se mantuvieron unidos a pesar de la enorme distancia que les separaba. Y así, unidos, aparecen representados en dos magníficos camafeos: uno guardado en el Kunsthistorisches Museum de Viena y el otro en el Ermitage de San Peterburgo. El primero se puede fechar hacia finales del siglo III a. C. y el segundo es del siglo I a. C. Ambas joyas son un testimonio iconográfico del profundo amor filial de Alejandro hacia su madre. También aquí hace acto de presencia la Serpiente mítica del relato de Plutarco (II, 6 y III, 1), que decora el yelmo del varón (36). Sin embargo, en la pieza de Viena, el perfil y los rasgos del personaje retratado no corresponden al Alejandro que aparece representado en las monedas. Algunos historiadores del arte helenístico creen que estas dos figuras retratadas podrían ser Ptolomeo II y su hermana y esposa Arsinoe II, aunque otros opinan que los dos personajes regios pueden ser identificados con Cleopatra I, esposa de Ptolomeo V y madre de Ptolomeo VI, por el tocado y el velo con que la mujer se cubre la cabeza. En cualquier caso, ambas reinas de Egipto fueron representadas con los mismos atributos (37).

En el camafeo de Leningrado el varón lleva sobre su armadura, en su hombro, una figura masculina barbada, motivo decorativo que se ha identificado con Zeus-Amón. Sobre el yelmo, de nuevo, la Serpiente. Por su estilo y realización este camafeo es, con bastante seguridad, de época romana. Las figuras están muy idealizadas y, por esta razón, se puede pensar que el artista que ejecutó esta pequeña obra buscaba representar a un Emperador y a una acompañante femenina que evocaran la iconografía de otro camafeo de época ptolemaica, que, a su vez, volvieran a evocar las imágenes de Alejandro y su madre Olimpia (38).

Cuando Alejandro obtiene los triunfos militares que le han convertido en un héroe de leyenda, Olimpia siempre está en su pensamiento, y ella, a su vez, le escribe cartas constantemente, tal y como nos informa Plutarco:

Olimpiade le escribía a menudo cartas de este tenor y él las guardaba celosamente en secreto, menos en esta ocasión. Hefestión tenía la costumbre de leer las cartas del rey, y leyendo en esta ocasión una carta ya abierta no se lo prohibió, sino que se quitó su anillo del dedo y se lo llevó a la boca de aquél a modo de sello.

(...)Por su parte, envió a su madre muchos regalos, pero no le permitía intrigara en cuestiones políticas ni interfiriera en la milicia, cosa que ella le recriminaba, aunque él soportaba con buen ánimo su malhumor. Sólo una vez, en que Antípatro le había enviado una extensa carta de queja contra ella, dijo, después de leerla, que Antípatro ignoraba que una sola lágrima de una madre hace borrar diez mil cartas (39).

La rivalidad y el enfrentamiento entre Olimpia y Antípatro fueron constantes. Arriano nos lo hace saber de esta manera:

En efecto, Antípatro y Olimpiade no dejaban de escribir a Alejandro; aquél aludía al recio carácter, acritud e intromisión de Olimpiade, defectos poco adecuados para quien era la madre de Alejandro, de suerte que se ha divulgado un casual comentario acerca de las cosas que de su madre le comunicaban, según el cual decía Alejandro de su madre que le estaba cobrando muy alto precio por haberle tenido en su vientre nueve meses (40).

Rivalidad que hereda Casandro, hijo del general Antípatro, quien, una vez muerto Alejandro, será, años después, el responsable directo de la ejecución de Olimpia. Por otra parte la reina había atribuido la muerte de su hijo Alejandro a Casandro, que sería, a sus ojos, el ejecutor material de su posible envenenamiento, instigado, a su vez, por el viejo Antípatro. Casandro siempre fue mayor enemigo y quien, finalmente, acabó con ella.

Y volviendo al tema de las relaciones entre Olimpia y su hijo, existe una cierta sospecha de que Alejandro sentiría una atracción edípica por su madre. Sospecha

infundada o real, lo cierto es que Alejandro siempre tuvo hacia su madre unos sentimientos muy ambiguos y contradictorios, como hemos visto más arriba (41).

Tras el desconcierto que ocasiona la temprana muerte de Alejandro, en el año 323 a. C., Olimpia intenta, por todos los medios, que su nieto, nacido de la unión entre su hijo y Roxana, sea reconocido como rey con el nombre de Alejandro IV. Olimpia contaba con el apoyo de su hija Cleopatra. De cumplirse sus deseos ella sería la reina regente hasta la mayoría de edad del niño. Pero la ambición y los propósitos de Olimpia estaban en contradicción con las ambiciones de las hermanastras de Alejandro, hijas de Filipo II y de sus otras esposas. Así Cina (o Kyname) casó a su hija Eurídice con Filipo Arrideo, hermanastro de Alejandro Magno, que era un retrasado mental, con el fin de controlar el poder. Eurídice llegó a enfrentarse militarmente con la propia Olimpia y buscar la ayuda de Casandro, quien sublevó el Epiro contra Olimpia, obligándola a buscar refugio en Pidna. Pero antes Olimpia había mandado matar a Filipo Arrideo y obligado a su esposa Eurídice a suicidarse, pues le envió cicuta, una soga y una espada, diciéndole que eligiera su propia muerte. Eurídice se ahorcó con su propio cinturón (42). Poco después Casandro contrae matrimonio con otra hermanastra de Alejandro, llamada Tesalónica, hija de Filipo II y Niképolis de Faro. Con esta unión, el ambicioso hijo de Antípatro buscaba engendrar un vástago varón que pudiera heredar el ensangrentado trono de la dinastía Argeada, mucho más violenta y criminal que la de los míticos Atridas, inmortalizados por el trágico Esquilo en su "*Orestíada*" (43). Esta es la razón principal de la implicación de Casandro en el asesinato de Alejandro IV y de su madre Roxana, después de su confinamiento en Anfípolis, en el año 310 a. C., y de la eliminación de Barsine, la otra esposa viva de Alejandro Magno, y de su hijo Alejandro Heracles, un muchacho de unos catorce años, un año después, en el 309 a. C. Tesalónica fue la única mujer que dio su nombre a una ciudad que es, hoy día, la segunda en importancia, después de Atenas, en la Grecia actual.

El nombre de soltera de Olimpia fue Polixena, nombre de la joven hija del rey troyano Príamo, que fue inmolada en la tumba de Aquiles, ejerciendo de verdugo el hijo del héroe heleno, llamado Neoptólemo, curiosamente como el padre de Olimpia. El juego de nombres no es una casualidad, sino que fue utilizado por la dinastía de Epiro para reivindicar su procedencia divina, su descendencia del propio Zeus, a través del aqueo Aquiles, después tan admirado por Alejandro (44). Cuando se casó con Filipo II pasó a llamarse Myrtale, adquiriendo el nombre de Olimpia, u Olimpiade, cuando los caballos de su marido ganaron una carrera, precisamente en la ciudad de Olimpia, el mismo día en que paría a su hijo Alejandro. Muchos años después adoptaría también el nombre de Estratonice en honor de la victoria militar lograda a favor a su nieto, Alejandro IV, frente a su rival Eurídice, aliada de Casandro (45).

¿Cómo sería físicamente Olimpia? Juan Carlos Chirinos nos afirma que hay tres hechos que "*nos sugieren que era una mujer muy hermosa*": en primer lugar la belleza de su hijo Alejandro, heredada de su madre, en segundo lugar, la espantosa anécdota de que cuando era una anciana según los cánones griegos, pues tendría unos sesenta años, los soldados de de Casandro, al mirarla a la cara, se negaron a matarla. Y, en

tercer lugar, el detalle de que Filipo de Macedonia, nada más verla en Samotracia se enamoró de ella, pero hay que destacar, también que Filipo "se *enamoraba con facilidad*" (46). Si creemos que los dos camafeos citados la representan, cosa más que dudosa, es muy difícil hacernos una idea aproximada de su aspecto, porque en ambos aparece como una figura prototípica e idealizada. En el llamado Tesoro de Abukir, que se puede admirar en el Museo Arqueológico de Salónica, encontramos un medallón de oro del siglo III a.C. que representa un busto femenino, con el rostro de perfil. Es muy posible que sea la madre de Alejandro Magno. En dicho medallón, la reina Olimpia lleva un ligero velo cubriéndole su cabeza. También adorna su peinado con una sencilla cinta o diadema, que le recoge sus cabellos en un moño. Su rostro es bellissimo. Tal vez la belleza de la madre la heredaría su hijo Alejandro, como ya hemos afirmado más arriba, pues Alejandro, según Arriano, fue "*el hombre de más bello cuerpo*" (47). Mary Renault nos hace saber que:

El único destello visual que de ella tenemos se remonta a poco antes de su muerte, cuando contaba unos sesenta años. Se compone del simple hecho de que doscientos soldados de Casandro, que habían accedido a matarla y asaltado su casa para cometer el crimen, la miraron cara a cara y se fueron (48).

Pero además de la belleza que heredó de su hermosa madre, una leyenda oriental afirma que la agradable fragancia que exhalaba el cuerpo de Alejandro es debida a que Olimpia se vio obligada a masticar una hierba, llamada "*iskender*", para combatir el mal aliento que su embarazo le provocaba, y, por esta causa, su hijo nació oliendo de manera muy agradable, por estar impregnado su cuerpo del suave perfume desde el vientre de su madre. En esta leyenda el joven rey es llamado precisamente Iskender (49).

Olimpia murió cuando Casandro se vio obligado a recurrir a los familiares de sus víctimas, quienes, deseosos de vengarse y, de paso, ganarse el favor de Casandro, le dieron muerte. Según Justino, Olimpia murió sin pronunciar ninguna "*súplica innoble o femenina*" (14, 6, 11). Casandro, por su parte, acabó sus días después de una muy larga y dolorosa enfermedad, que muchos interpretaron como un castigo divino por haber aniquilado a la familia del gran Alejandro (50). Pero el ejército, reunido en Asamblea por Antígono, en el año 315, había juzgado y condenado a Casandro por haber ordenado la ejecución de la reina Olimpia (51).

NOTAS

- (1) Nash, Mary: "*Nuevas dimensiones en la historiografía de la mujer*", en M. Nash (comp.), *Presencia y protagonismo*, Barcelona, 1984, Serbal, Págs. 9-50.
- (2) Heródoto, *Historia*, II, 51. Chirinos, Juan Carlos: *La reina de los cuatro nombres, Olimpia madre de Alejandro Magno*, Madrid, 2005, Oberón, Págs. 70-71.
- (3) Plutarco, *Alejandro*, II, 2.
- (4) Justino, *Epítome de las Historias Filípicas de Pompeyo Trogo*, VII, 6, 10-11.
- (5) Justino, VIII, 6, 5-8.

- (6) Plutarco, *Alejandro*, II, 7.
- (7) Plutarco, *Alejandro*, II, 9.
- (8) Vázquez Hoys, Ana M^a: "*La Serpiente en la Antigüedad ¿genio o demonio?*", En *Héroes, Semidioses y Daimones*, Madrid, 1992, Clásicas. De la misma autora, en colaboración con Muñoz Martín, Oscar: *Diccionario de magia en el mundo antiguo*, 1997, Alderabán, Págs. 390-391.
- (9) Eurípides, *Las Bacantes*, Versos 99-104.
- (10) Eurípides, *Las Bacantes*, Versos 1016-1019.
- (11) Plutarco, *Alejandro*, II, 3-4.
- (12) Heródoto, VI, 131.
- (13) Plutarco, *Alejandro*, II, 5.
- (14) Plutarco, *Alejandro*, II, 6.
- (15) De Oleguer-Feliu y Alonso, Fernando: *Alejandro Magno y el arte*, Madrid, 2000, Ediciones Encuentro, Págs. 119-120.
- (16) Bosworth, A.B.: *Alejandro Magno*, Madrid, 1996, Cambridge University Press, Pág. 7. Vázquez Hoys, Ana M^a: *El mundo griego desde el siglo IV a. C. Alejandro Magno. El helenismo*, Madrid, 1993, UNED, Págs 252-253.
- (17) Ateneo de Náucratis: "*Sobre las mujeres*", *Libro XIII de la Cena de los Eruditos*, V, 557 B-E, Edición de Jorge L. Sanchís Llopis, Madrid, 3^a Edición, Akal, Págs. 57-58.
- (18) Plutarco, *Alejandro*, IX, 7-11.
- (19) Chirinos, Juan Carlos: *La reina de los cuatro nombres, Olimpia, madre de Alejandro Magno*, Madrid 2005, Oberón, Pág. 118.
- (20) Vázquez Hoys, Ana M^a: *El mundo griego desde el siglo IV*, Pág. 253. Renault, Mary: *Alejandro Magno*, Barcelona, 1991, Edhasa, Pág. 29. Fildes, Alan y Fletcher, Joann: *Alejandro Magno hijo de los dioses*, Barcelona, 2002, Blume, Págs. 16-17 y 33. Noguera Borel, Alejandro: "*Alejandro Magno y las mujeres: las "madres" de Alejandro*", en las *Actas del Primer Seminario de Estudios sobre la Mujer en la Antigüedad*, Carmen Alfaro Giner y Alejandro Noguera Borel (eds.), Valencia, 1898, Universidad de Valencia, Pág. 74.
- (21) Bosworth, Op. Cit., Pág. 36.
- (22) Hammond, N.G.L.: *Alejandro Magno, Rey, general y estadista*, Madrid, 1989, Alianza, Pág. 69.
- (23) Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, VI, 20.
- (24) Iriarte, Ana: "*Las razones de Medea*", en *Tragedia griega y democracia*, Mérida, 1988, Seminarios del XXIV Festival de Teatro Clásico, Junta de Extremadura, Pág. 266.
- (25) Plutarco, *Alejandro*, X, 5. Cartledge, Paul: *Los griegos*, Barcelona, 2001, Crítica, Pág. 185. En este libro hay todo un capítulo dedicado a Olimpia, el XIV, que abarca las páginas 181-186.
- (26) Renault, Mary: *Alejandro Magno*, Pág. 29.
- (27) Droysen, J.G.: *Alejandro Magno*, 2001, Fondo de Cultura Económica de España S.L., Págs. 63, 195 y 68 respectivamente. (Droysen fue discípulo de Hegel y de la filosofía hegeliana, cuya influencia se refleja en su obra como historiador: Interpretación idealista de la Historia; el héroe y/o el genio es quién hace la Historia; la Historia es el gran drama y los héroes son los protagonistas, aunque, finalmente, es la mano de Dios quien mueve todos los acontecimientos históricos. Droysen acuñó el concepto de "*Helenismo*", enriqueciendo la Historia de la Antigüedad Clásica con un nuevo período: El Helenismo). Chirinos, Juan Carlos: *La reina de los cuatro nombres. Olimpia, madre de Alejandro Magno*, Madrid, 2005, Oberón, Págs. 138-141.

- (28) Lane Fox, Robin: *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*, Traducción de Maite Solana, Barcelona, 2007, El Acantilado, Pág. 74.
- (29) Mossé, Claude: *Alejandro Magno: el Destino de un Mito*, Madrid, 2004, Espasa-Calpe, Traducción de margarita Sáenz de la Calzada, Pág. 29. Canfora, Luciano: *Una profesión peligrosa. La vida cotidiana de los filósofos griegos*, Barcelona, 2002, Anagrama, Pág. 107.
- (30) Cartledge, Paul: *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007, Ariel, Págs. 14, 74 y 75. Ver también la página 336.
- (31) Bosworth, Op. Cit., Pág. 35. Guzmán Guerra, A., Gómez Espelosín, F. J. y Guzmán Gárate, I: *Grecia, Mito y Memoria*, Madrid, 2005, Alianza, Pág. 140. Lane Fox, Robin: *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*, Traducción de Maite Solana, Barcelona, 2007, El Acantilado, Pág. 41.
- (32) Arriano, II, 14, 35.
- (33) Justino, IX, 7, 9-14. Guzmán Guerra, Gómez Espelosín y Guzmán Gárate, en su libro *Grecia, Mito y Memoria* (ver nota 29), nos afirman que se puede hablar de un complot, en el que estarían implicados “*el propio Alejandro y su madre, que contemplaban con recelo el nuevo matrimonio real de Filipo, que tendía a desplazar de la línea sucesoria los pasos de joven príncipe*” y que “*parece seguro que el asesino contaba con una cierta colaboración exterior, ya que tenía dispuestos oportunamente unos caballos para su huida, pero cualquier posibilidad de esclarecer sus complicidades externas se esfumó por completo después de que resultara acibillado por sus perseguidores sin que le dieran oportunidad para delatar a otros miembros implicados en la conjura. Un misterio irresoluble más que se viene a sumar así a los numerosos interrogantes que rodean la figura de Alejandro, calificado en un libro reciente como un personaje de misterio*” (Pág. 140).
- (34) Posadas, Carmen y Courgeon, Sophie: *A la sombra de Lilith. En busca de la igualdad*, Barcelona, 2004, Planeta, Págs. 175-180, Capítulo “*Roxelana (1504-1558): la Gran Turca*”. Bozkurt, K. Erhan: *La vie dans le harem*, Estambul, 2002, Keskin Color Kartpostalcilik, Págs. 33-34.
- (35) Fernández Uriel, Pilar y Palop, Luís: *Nerón, la imagen deformada*, Madrid, 2000, Alderabán, Págs. 40, 47 y 48. Montero, Santiago: *Diccionario de adivinos, magos y astrólogos de la Antigüedad*, Madrid, 1997, Ed. Trotta, Pág. 190.
- (36) De Oleguer-Feliu y Alonso, Fernando: *Alejandro Magno y el arte*, Op. Cit., Pág. 115.
- (37) Pollit, J.J.: *El arte helenístico*, Madrid, 1989, Nerea, Págs. 57, 58 y 468. En la nota 11 de la página 468 aparecen comentadas las semejanzas que se observan en los tocados femeninos de las dos reinas egipcias citadas.
- (38) Pollit, J.J., Op. Cit., Pág. 58.
- (39) Plutarco, *Alejandro*, XXXIX, 8-9 y 11-13.
- (40) Arriano, VII, 12, 6.
- (41) Cartledge, Paul: *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007, Ariel, Pág. 243.
- (42) Lane Fox, Robin: *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*, Barcelona, 2007, El Acantilado, Pág. 765.
- (43) Cid, Rosa M^a: “*El protagonismo de las mujeres Julio-Claudias en la Domus Caesarum: los precedentes de las dinastías helenísticas*”, en *Reunión de historiadores del mundo antiguo*, Sevilla, 1977, Scriptorium, Págs. 251-253. Vázquez Hoys, Ana M^a: *El mundo griego desde el siglo IV a. C.*, Madrid, 1993, Madrid, UNED; Págs. 372-375.
- (44) Chirinos, Juan Carlos: *La reina de los cuatro nombres, Olimpia, madre de Alejandro Magno*, Madrid, 2005, Oberón, Grupo Anaya, Pág. 43.

- (45) Plutarco, *Moralia*, 401 b. Mirón, Dolores: *Olimpia*, Madrid, 2002, Ediciones del Orto, Págs. 16-17. Guzmán Guerra, A. y Gómez Espelosín, F. J.: *Alejandro Magno*, Madrid, 2004, Alianza, Págs. 33-34.
- (46) Chirinos, Juan Carlos: *La reina de los cuatro nombres, Olimpia, madre de Alejandro Magno*, Madrid, 2005, Oberón, Pág. 66.
- (47) Arriano, VII, 28. Mirón, Dolores: *Olimpia*, Op. Cit., Pág.17.
- (48) Renault, Mary, Op. Cit., Pág. 27.
- (49) Firdusi: *Libro de los reyes*, 18, Círculo de lectores, 1998. Citado por Chirinos, Juan Carlos: *La reina de los cuatro nombres. Olimpia, madre de Alejandro Magno*, Madrid, 2005, Oberón, Pág. 112.
- (50) Mirón, Dolores: *Olimpia*, Op. Cit., Pág.29.
- (51) Mossé, Claude: *Alejandro Magno. El Destino de un Mito*, Madrid, 2004, Espasa-Calpe, Pág. 171.



Bajorrelieve con el rostro de Olimpia de Macedonia, madre de Alejandro el Magno, en un medallón de oro del siglo III a. d. C., encontrado en el llamado Tesoro de Abukir (Museo Arqueológico de Salónica).

2 - LAS OTRAS MADRES DE ALEJANDRO

Cuando nació Alejandro, sus padres le buscaron enseguida una nodriza de noble cuna. La elegida se llamaba Lanice. Quinto Curcio Rufo, en cambio, le da el nombre de Helanice:

..Helanice, que había sido nodriza de Alejandro, era querida por el rey como si fuera su propia madre (1).

Lanice tuvo varios hijos. Uno de ellos nació poco antes que Alejandro y fue compañero suyo de juegos, primero, y de armas, después: Proteas. Pero Lanice aparece, en los textos conservados, sobre todo, como la hermana de Clito, apodado "El Negro", quien, con su oportuna intervención en la batalla del río Granico, librada en el mes de junio del 334 a. C., salvó la vida a Alejandro, al poco de haber iniciado la campaña asiática (2). Clito mató al general persa Espitridates que estaba a punto de matar a Alejandro, atacándole por la espalda, cuando el joven rey macedonio combatía con el general Resaces. Este enfrentamiento es narrado por Arriano y por Plutarco, aunque ambos autores presentan algunas diferencias bastante notables. Diferencias que, por otra parte, no alteran el núcleo principal de la narración. En Arriano es Resaces quien golpea a Alejandro, con su curvo alfange, rompiéndole el casco, aunque sin llegar a herirle. En Plutarco, el atacante es Espitridates (3). Años más tarde, en el verano del 328 a. C., Alejandro, en un ataque de locura, producido por la borrachera, matará a Clito en Samarcanda, después de una acalorada y absurda discusión entre ambos hombres. Alejandro, al darse cuenta de lo ocurrido, intenta, en vano, suicidarse con la misma "sarisa" con la que había atacado mortalmente a Clito, pero se lo impiden sus amigos (4). Después se retira a su habitación, deprimido y avergonzado, sobre todo porque Clito no iba armado:

Alejandro marchó a su cama y en ella se postró llorando, llamando por su nombre a Clito y a su hermana, Lanice, hija de Dropides, que le había criado a él ¡Con qué favor le pagaba, ahora que él se había hecho un hombre, a ella que le había criado. A ella que había visto como sus hijos encontraban la muerte por defender a Alejandro, y se enteraba ahora de que éste había dado muerte con sus propias manos a su hermano!

No cesaba Alejandro de llamarse asesino de su amigo y, durante tres días, rehusó comer y beber, abandonado incluso su cuidado personal (5).

Alejandro, a lo largo de su corta vida, se sentirá muy unido a una serie de mujeres "mayores" a las que llamará "madres": su haya Lanice, ya citada, la reina Ada de Caria y la madre del rey de Persia Darío III Codomano, que los textos griegos y latinos llaman Sisigambis. Mujeres que, en tierras asiáticas, sustituyeron, de alguna manera, a su madre ausente y lejana, que se había quedado en Macedonia. El cariño de Alejandro hacia su madre Olimpia se proyectará hacia estas augustas damas, y éstas, a su vez, le correspondieron llamándole y queriéndole como al hijo que hubieran

querido tener y no tuvieron. Un amor materno-filial en el que se entremezclan tendencias edípicas e intereses políticos.

Freud, en un trabajo, publicado en 1912, titulado "*Sobre una degradación general de la vida erótica*", explica por qué razones algunos varones aman a su madre o a otras mujeres, a las que respetan y excluyen como objetos de deseo sexual, por el tabú del incesto. El resto de las mujeres, dice Freud, no son amadas, sino que, en el fondo, son despreciadas, aunque, algunos hombres, las consideran necesarias e imprescindibles para poder satisfacer sus necesidades sexuales (6). Algo así como: "*Te amo pero no puedo desearte*" y "*te deseo sexualmente pero ni te amo ni te respeto*".

Freud, para sus célebres conclusiones, toma, como punto de partida, estos versos de la tragedia de Sófocles "*Edipo rey*":

Lo más seguro es vivir al azar, según cada uno pueda. Tú no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues muchos son los mortales que antes se unieron también a su madre en sueños. Aquél para quien esto nada supone más fácilmente lleva su vida (7).

Alejandro a la edad de veintitrés años era un hermoso joven que permanecía casi virgen respecto a las mujeres. No así en cuanto a relaciones homosexuales, pues siempre amó a su amigo Hefestión. Plutarco nos informa que

No conoció a ninguna otra mujer antes de casarse, excepción hecha de Barsine).

Y la bella y culta Barsine, dos veces viuda (primero de Mentor y después del general griego, al servicio de Persia, Memnón de Rodas), cuando se unió con Alejandro debía ser una mujer algunos años mayor que él, tal vez podría tener unos diez años más que él (8). Le habría conocido cuando era un adolescente en la propia Macedonia, donde Barsine y su padre, el sátrapa Artabazo, se habían refugiado en el 336 a.C., después de haber participado en una revuelta contra el rey Artajerjes III (9). Según Plutarco fue Parmenión, quien buscando un acercamiento entre los macedonios y la nobleza persa, entregó Barsine a Alejandro y quien

Le invitó a unirse a esta mujer bella y noble (10).

Es posible que entonces Alejandro alcanzase la habitual bisexualidad griega y superase todas las inhibiciones que le provocaban las mujeres. En los brazos de la persa Barsine, unos cuantos años mayor que él y mujer experimentada (había tenido dos maridos y algunos hijos antes de convertirse en la "esposa" o la "concupina" de Alejandro), el rey macedonio perdió el miedo que tenía a las mujeres, un miedo que Plutarco llega a identificar y a confundir con el respeto:

Respecto a las otras cautivas, al verlas Alejandro tan destacadas por su buen porte, dijo en tono de broma: "Las persas son un tormento para nuestros ojos". Pero oponiendo al aspecto de aquéllas la belleza de su

propio control y templanza, pasaba de largo ante ellas como ante imágenes de estatuas sin vida (11)

Con Barsine tuvo un hijo, que recibió el nombre de Alejandro Heraclés.

Diodoro Sículo nos hace saber que hacia el verano del 334 a. C. Alejandro trataba de ganarse a los habitantes de las comarcas del Mar Egeo de la actual península de Anatolia mediante pactos amistosos, sobre todo con las ciudades griegas a las que declaró exentas del pago de tributos (XXIV, 1). También Diodoro nos narra el primer encuentro entre Alejandro y Ada de Caria:

Mientras se hallaba de camino le salió al encuentro cierta mujer, de nombre Ada, emparentada por su linaje con la familia real de Caria. Intercedió ella por poder recuperar el mando que habían detentado sus antepasados, y para ello le pidió ayuda. Alejandro ordenó que recuperara ella el mando sobre Caria, y fue gracias a este favor concedido a esta mujer como se atrajo él a su causa y por las buenas a los carios (12).

Ada era la hija del sátrapa de Caria, Hecatomno, sátrapa de Halicarnaso, y, para algunos historiadores (como H. Berve), hermana menor del famoso Mausolo, cuya tumba, el Mausoleo de Halicarnaso, era una de las siete maravillas de la Antigüedad, mientras que, para otros (como el británico Paul Cartledge), sería nieta del ya citado Mausolo. Estaba casada con Hidrieo, su hermano y marido, según las costumbres carias. Ada era una princesa Hecatomnida, dinastía hondamente influida por la cultura griega. Pero sólo conservaba la fortaleza de Alinda, que la anciana entregó a Alejandro, cuando *le adoptó como "hijo"*, hecho que nos hace reflexionar, pues cuesta imaginarnos qué podría pensar su verdadera madre, Olimpia, al enterarse de que su muy querido hijo Alejandro había escogido a Ada como "*segunda madre*". El joven rey macedonio hizo a Ada reina de toda la Caria. O sea, que el poder civil de la satrapía de Caria pasó a manos de Ada, aunque el mando militar lo ostentaba el general macedonio Ptolomeo, respaldado por un pequeño ejército de unos 3200 hombres (13).

La anciana Ada se encariñó pronto con su "*hijo*" y le "*mimaba*" mandándole toda clase de golosinas:

Ada, a quien hizo su madre y nombró reina de Caria, pues ésta, en señal de buena disposición, le enviaba cada día muchos delicados manjares y pasteles y luego a los que pasaban ser los más expertos panaderos y cocineros (14).

Sin embargo, de nuevo, Alejandro hace gala de su extraordinario *autodominio* (¿autorrepresión?), fruto de las enseñanzas recibidas de su ayo y pedagogo Leónidas, hombre muy austero, emparentado con su madre Olimpia (15):

Ante lo cual comentó que no necesitaba nada de esto, pues su ayo Leónidas le había proporcionado los mejores cocineros, a saber: una

marcha de madrugada como preparación del desayuno y un desayuno ligero con vistas a la comida fuerte del día. El propio Leónidas en persona -decía- venía y examinaba mis cofres y mis vestidos, vigilando que mi madre no me hubiera escondido en ellos algún lujo o esquisitez (16).

Después de estos acontecimientos, la conquista de las ciudades de la costa resultó muy fácil, pues Alejandro se había mostrado muy inteligente y muy hábil difundiendo su propia (y mejor) propaganda política: la exhibición de su enorme generosidad. Una conducta premeditada para lograrse adhesiones, fidelidades o ese amor (el amor maternal de Ada de Caria) que parecía necesitar tanto. Paul Faure expuso, en su libro "*Alejandro. Vida y leyenda del hijo de los dioses*", la idea de que Alejandro buscaba siempre en todos sus actos que "*de su victoria personal dependiera la victoria de todos*" (17).

El rey persa Artajerjes II (404-359 a. C.) que fue el vencedor de Cunaxa frente a las aspiraciones de su hermano, el príncipe Ciro el Joven, que fue ayudado por mercenarios griegos (entre los que se encontraba Jenofonte, a quien se le puede considerar el primer *cronista* o *corresponsal de guerra*, al narrar unos acontecimientos de los que fue testigo directo), murió en el 359 a. C. Le sucedió en el trono aqueménida Artajerjes III Ocos, un rey que, según Diodoro:

Tenía sometidos a sus súbditos con crueldad y a la fuerza. Era odiado a causa de la crueldad de su carácter, por lo que el quiliarco Bagoas (...), un eunuco (...) osado y valiente, dio muerte a Oco suministrándole un veneno con la intervención de un médico (18).

Bagoas hizo rey al hijo más joven de Artajerjes Ocos, el joven Arsés, que también acabó siendo eliminado por el todopoderoso eunuco. Así, pues, continúa Diodoro contándonos que

Al quedar la familia real sin representantes, y no haber nadie en línea directa de linaje que pudiera heredar el trono, Bagoas eligió a uno de los suyos, de sus amigos, de nombre Darío, con el que reinstauró la monarquía.

Darío Codomano era nieto de un hermano del rey Artajerjes II, el famoso vencedor de Cunaxa. Sin embargo Bagoas siguió intrigando y conspirando, siempre según la narración de Diodoro:

Sirviéndose de su habitual crueldad intentó eliminar a Darío envenenándolo. Pero al ser denunciado el complot el rey hizo venir a Bagoas pretextando una reunión amistosa, y le ofreció su copa, obligándole a beber el veneno (19).

Nos encontramos con un caso típico de "ojo por ojo": el envenenador envenenado. Mary Renault recrea estos dramáticos acontecimientos en los primeros capítulos de la

novela histórica "*El muchacho persa*", la segunda de su famosa trilogía dedicada a Alejandro. Las otras dos llevan los títulos de "*Fuego del Paraíso*" y "*Juegos funerarios*".

Darío Codomano sólo pudo reinar desde el 336 al 330 a. C. porque, al ser derrotado por Alejandro en las batallas de Issos (noviembre o diciembre del 333 a. C.), de Gaugamela (octubre del 331) y de Ecbatana, fue, primero, destituido y, después, asesinado por Bessos, sátrapa de Bactriana, que se autoproclama rey de Persia con el nombre de Artajerjes IV. Según Paul Faure, Darío III fue destronado por haber huido y haber abandonado el campo de batalla en Issos, Gaugamela y Ecbatana, y haber quedado deshonrado por su cobardía (20).

En Issos el rey persa, en su precipitada huida, abandonó a toda su familia: Su madre Sisigambis, su esposa Estatira, sus hijas e hijos y las numerosas mujeres de su harén.

Cuando a estas nobles damas persas las captura el ejército macedonio, son tratadas con suma delicadeza por Alejandro. Simultáneamente otras mujeres persas pertenecientes a la nobleza caen en poder de Parmenión. Entre estas últimas está Barsine.

Al día siguiente de su victoria en Issos, Alejandro, cojeando por haber sido herido en un muslo, entró en la tienda de Darío para ver a la reina madre Sisigambis, después de haber tomado un baño reparador y haber descansado. Este primer encuentro es narrado por Plutarco (XXI), Quinto Curcio (IX, 24, 6), Arriano y Diodoro (XVII, 37, 5-6). Este último nos lo describe con mayor detalle:

Al amanecer, el rey, tomando consigo a uno de sus amigos, a Hefestión, a quién más estimaba, acudió adonde las mujeres. Como ambos llevaban un atuendo idéntico, y Hefestión le sobrepasaba en estatura y belleza, Sisigambis supuso que era éste el rey y se postró ante él.

Los presentes le hacían indicaciones con la cabeza, y señalaban con la mano a Alejandro, y Sisigambis, azorada por su error, comenzó a postrarse de nuevo, ahora ante Alejandro. Mas el rey, tomando la palabra, le dijo: "No te preocupes, madre, pues también éste es Alejandro". No es menos cierto que al llamar "madre" a esta anciana, con una fórmula de saludo tan humanitaria, le anunciaba cual iba a ser su humanitario trato para con estas cautivas, que acababan de ser tan maltratadas por el destino.

Habiéndole jurado que ella sería para él una segunda madre, ratificó al punto con sus actos sus anteriores promesas de palabra (21).

Mientras sitiaba Tiro, Alejandro recibió a unos embajadores persas con una carta del rey Darío, en la que el Gran Rey le ofrece unos 10.000 talentos por el rescate de su familia y, además, le propone a una de sus hijas como esposa, con la esperanza de

llegar a un acuerdo provechoso para ambos. Alejandro se negó a todas sus peticiones (22).

El tiempo va pasando, y, un mal día, Estatira, la esposa de Darío, que estaba embarazada, muere de parto (23). Alejandro, junto con la reina madre Sisigambis, compartiendo su dolor, no puede contener las lágrimas. Quinto Curcio nos lo hace saber:

El rey, como si se le hubiera anunciado la muerte de su propia madre, rompió en llanto y con lágrimas en los ojos, como las hubiera derramado el propio Darío, penetró en la tienda en la que la madre de éste estaba sentada junto al cadáver. Al verla postrada en tierra, se renovó su dolor (...). Se hubiera creído que Alejandro derramaba sus lágrimas rodeado de sus propios parientes y que más que ofrecer consuelo lo que hacía era pedirlo (24).

A continuación Quinto Curcio nos habla del comportamiento "casto" y respetuoso de Alejandro con la esposa de su enemigo Darío:

Una sola vez había visto a la reina, precisamente el día en que había sido hecha prisionera y había ido a ver no a ella sino a la madre de Darío, y su extraordinaria hermosura no había excitado en él sino sentimientos de honor (25).

Tiriotes o Tireo (según Plutarco, *Alejandro*, XXX, 2), uno de los eunucos persas, capturados en Issos, aprovechó la ocasión para huir y comunicar al rey persa la triste noticia del fallecimiento de su esposa:

A Darío no le cabía la menor duda de que su esposa había sido asesinada por no haber consentido en ser ultrajada (26).

Pero Tireo insiste en el comportamiento ejemplar de Alejandro para con la reina Estatira y para con toda la familia real persa. Entonces el eunuco

Se postró a sus pies, y le suplicaba se callara y no difamara injustamente a su hermana y mujer ahora muerta (...), debía admirar a Alejandro, que había dado buenas pruebas de mayor templanza con las mujeres persas (...). Proclamaba el autocontrol y grandeza de ánimo de Alejandro (27).

Arriano también recoge la patética escena del eunuco (IV, 20, 1), pero no dice como se llamaba. Si la historia es cierta, además de la templanza y el autodomínio, hay que pensar, también, en los propios intereses políticos del rey macedonio, que podían incluir un pacto con Darío III. Casi simultáneamente Alejandro manda traer profesores de lengua griega para las hijas y el hijo del rey persa... ¿Con qué intenciones?

Cuando Darío es asesinado por Bessos, Alejandro queda profundamente conmovido por la violenta e inesperada muerte de su adversario. Plutarco nos dice

que un soldado macedonio, de nombre Polítrato, encontró a Darío malherido y a punto de expirar. Pidió agua y pronunció estas palabras antes de morir:

Amigo, este es el colmo de todas mis desdichas, no poder devolver el bien que se me hace. Pero Alejandro te recompensará el favor, al igual que a él le recompensarán los dioses por su elegante comportamiento con mi madre, mi mujer y mis hijos, y es a él a quien, a través de tí, ofrezco mi diestra (28).

Poco después llegó Alejandro y ante el cuerpo sin vida de Darío llora amargamente. Al menos eso es lo que dice la tradición:

Alejandro dio muestras de dolor por lo ocurrido, se desabrochó su propia capa y la extendió sobre el cuerpo, tapándolo (29).

Después el cadáver del Gran Rey fue enviado a Persépolis, donde la reina madre Sisigambis celebró su funeral con todos los honores. Así murió, a la edad de cincuenta años, el último de los Aqueménidas, aunque Alejandro su generoso enemigo, aspiraba a convertirse en otro Aqueménida, de ahí su deseo, ahora cumplido, de ser *adoptado como hijo* por Sisigambis para legitimar su conquista de Persia. ¿Se puede ver en esta *adopción* ciertos rasgos de matrilinealidad? La mujer en ciertas sociedades antiguas, donde se conserva la matrilinealidad, aparece como "*propietaria de bienes y transmisión de poder*". Basta recordar el papel jugado por la reina Atosa, que fue hermana y esposa de Cambises, más tarde esposa de Darío I y madre de Jerjes (30). Un poder que tiene un origen mitológico, ya que, según Arriano, arrancaba desde la mítica reina Simínaris (Arriano, I, 23, 7), personaje fantástico, pero no real...

Para apoyar esta tesis podemos ayudarnos de textos antiguos, como éste de Heródoto en el que describe el supuesto "*matriarcado*" de los Licios:

Tienen unas costumbres en parte cretenses y en parte carias. Ahora bien, tienen una particularmente singular y en ella no coinciden con ningún otro pueblo: heredan los nombres de sus madres y no de sus padres. Y si un licio le pregunta a un ciudadano suyo quien es, el interpelado se identificará por el nombre de su madre y enumerará sus antepasados femeninos (31).

Es decir, la inconcreción de los textos clásicos conservados nos da un amplio margen para nutrir nuestra imaginación y, simultáneamente, esto mismo nos proporciona un algo grado de inseguridad, a la hora de intentar aproximarnos a la realidad que dichos textos nos intentan transmitir.

Por otro lado, Alejandro Magno, un hombre culto y un incansable lector de obras griegas, podría conocer personalmente, por haberlo leído, o bien "*de oídas*", este curioso párrafo de la *Historia* de Heródoto. Sobre todo porque antes de emprender su conquista del Imperio Persa, habría buscado información de sus muchos pueblos,

costumbres y etnias, y podría haber leído a Heródoto y Jenofonte, entre otros muchos autores.

Sin embargo, en la década de los sesenta, las investigaciones de S. G. Pembroke demuestran que no existe la menor huella de matrilinealidad, en su documentado análisis de las inscripciones licias, uno de los pueblos citados por Bachofen, en primer lugar, para apoyar su controvertida (y ya mítica) tesis de la existencia de un matriarcado, fase anterior y previa al advenimiento de la sociedad patriarcal. Pembroke, por decirlo con palabras de la profesora Ana Iriarte, "*constata la ausencia sistemática de fuentes que sustenten el discurso griego sobre la existencia de civilizaciones matriarcales*"(32).

Por las fuentes sabemos que Sisigambis, la anciana madre de Darío "*Tenía a Alejandro en una alta consideración*" (33). Cuando Alejandro murió, Sisigambis, otra de sus "*madres adoptivas*", abrumada por la pena, se suicida. Su muerte es narrada por Diodoro:

Tras la muerte del rey, la madre de Darío, Sisigambis, lamentó durante mucho tiempo la muerte de Alejandro y su propia soledad. Y como ya había llegado al límite de su existencia, se dejó morir de hambre al cabo de cinco días de ayuno (34).

Sorprende que la anciana dama, que pudo sobrevivir a la muerte de su hijo carnal Darío, a quien llevó en su útero maternal, no desee vivir más y ponga fin a sus días cuando muere "*su hijo adoptivo*", Alejandro, ayunando hasta su muerte y "*llorando a pérdida del hombre cuya caballeridad había admirado desde su captura en Isos*" (35). Pues Alejandro era, al fin y al cabo, no sólo extranjero (macedonio), sino, también, un usurpador. ¿Amor maternal hacia el rey macedonio? ¿Consiguió Alejandro reemplazar a Darío como había pretendido? ¿Por qué pudo suicidarse la anciana persa? Una respuesta muy acertada es que a la muerte de su protector Alejandro, la dama tuviera miedo, pues temía ser objeto de una muerte ultrajante por parte de sus posibles enemigos, algo que no se produjo en la persona de la anciana, pero sí en las de sus hijas, pues Roxana, la primera esposa de Alejandro, mandó asesinar a las princesas Estatira y Dripetis, viudas de Alejandro y de su amante Hefestión respectivamente (36).

NOTAS

- (1) Quinto Curcio Rufo: *Historia del Alejandro Magno*, VIII, 1, 21. El subrayado es mío.
- (2) Quesada Sanz, Fernando: "*El día en que Alejandro pudo morir*", en *La Aventura de la Historia*, nº 26, Diciembre, 2000, Págs. 70-82.
- (3) Arriano, I, 15, 7-8; Plutarco, XVI, 7-11.
- (4) Hammond, N.G.L.: *Alejandro Magno, Rey, general y estadista*, Pág. 278.
- (5) Arriano, IV, 9, 1-5. El subrayado es mío.
- (6) Freud, Sigmund: "*Sobre una degradación de la vida erótica*", en *Obras Completas*, V, Madrid, 1972, Biblioteca Nueva, 1710-1717.

- (7) Sófocles: *Edipo Rey*, Versos 980-985. Traducción de Assela Alamillo.
- (8) Fildes, Alan y Fletcher, Joann: *Alejandro Magno hijo de los dioses*, Barcelona, 2002, Blume, Pág. 97.
- (9) Caratini, Roger: *Alejandro Magno*, Barcelona, 2000, Plaza Janés, Págs. 196-197. Cartledge, Paul: *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007, Ariel, Págs. 243 y 326. Gómez Espelosín, Francisco Javier: "Amor, matrimonio y política. Las mujeres de Alejandro", *National Geographic* nº 50, 2008, Pág. 56.
- (10) Plutarco, XXI, 9-10. Guzmán Guerra, A. y Gómez Espelosín, F. J.: *Alejandro Magno*, Madrid, 2004, Alianza, Pág. 37.
- (11) Plutarco, XXI, 10. El subrayado es mío.
- (12) Diodoro, XVII, 24, 2-3.
- (13) Hammond, N. G. L.: *Alejandro Magno, Rey, general y estadista*, Madrid, 1989, Alianza, Págs. 120, 127 y 131. Vázquez Hoys, Ana M^a: *El mundo griego desde el siglo IV a. C.*, Madrid, 1993, UNED, Pág. 317. Briand, P.: *Alexandre le Grand*, P.U.F., 1974, Págs. 67-68. Barceló, Pedro: "Alejandro Magno: de rey Macedónico a monarca universal", en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Jaime Alvar y José M^a Blázquez (Eds.), Madrid, 2000, Actas Editorial, Pág. 51. Noguera Borel, Alejandro: "Alejandro Magno y las mujeres: las "madres" de Alejandro", en *las Actas del Primer Seminario de Estudios sobre la Mujer en la Antigüedad*, Valencia, 1998, Universidad de Valencia, Pág. 79. Cartledge, Paul: *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007, Ariel, Págs. 133-134 y 321.
- (14) Plutarco, XXII, 8-9.
- (15) Plutarco, V, 7.
- (16) Plutarco, XXII, 9-10.
- (17) Faure, Paul: *Alejandro. Vida y leyenda del hijo de los dioses*, Madrid, 1990, Edaí, Pág. 125.
- (18) Diodoro, XVII, 5, 3.
- (19) Diodoro, XVII, 5, 5.
- (20) Faure, P.: Op. Cit. , Pág. 77.
- (21) Diodoro, XVII, 37, 5-6. El subrayado es mío.
- (22) Plutarco, XXIX, 7-9. Caratini, Roger: Op. Cit., Págs. 111 y 112.
- (23) Plutarco, XXX, 1-2.
- (24) Quinto Curcio, IV, 10, 20-23.
- (25) Quinto Curcio, IV, 10, 24.
- (26) Quinto Curcio, IV, 10, 29.
- (27) Plutarco, XXX, 10-11.
- (28) Plutarco, XLIII, 4.
- (29) Plutarco, XLIII, 5-6.
- (30) Fraga Iribarne, Ana: *De Criseida a Penélope, un largo camino hacia el patriarcado clásico*, Madrid, 1998, Horas y Horas, Pág. 13. Guzmán Guerra, A. y Gómez Espelosín, F. J.: *Alejandro Magno*, Madrid, 2004, Alianza, Pág. 41.
- (31) Heródoto, I, 173.
- (32) Pembroke, S. G.: "Last of the Matriarchs. A study in the Inscriptions of Lycia", *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, t 8, 1965, Págs. 217-257. Iriarte, Ana: *De Amazonas a Ciudadanos, Pretexto gineocrático y patriarcado en la Grecia Antigua*, Madrid, 2002, Akal, Págs. 166-167. Bachofen, J. J.: *El matriarcado*, 2ª edición, Madrid, 1987, Akal, Págs. 15-16 y 72-117.
- (33) Lane Fox, Robin: *Alejandro. Conquistador del mundo*, Traducción de Maite Solana, Barcelona, Ediciones Acantilado, Pág. 693.
- (34) Diodoro, XVII, 118, 3.
- (35) Lane Fox, Robin: Op. Cit. , Págs. 762-763.

(36) Noguera Borel, Alejandro: "*Alejandro Magno y las mujeres: las "madres" de Alejandro*", Op. Cit., Pág. 83.

3 - LAS ESPOSAS DE ALEJANDRO

A diferencia de su padre el rey Filipo II, que se había casado siete veces, Alejandro sólo contrajo matrimonio con cuatro mujeres: Barsine, Roxana, Estatira y Parisatis. Sin embargo el gran amor de su vida fue su amigo y compañero Hefestión.

En su adolescencia, en repetidas ocasiones, demostró su indiferencia hacia las mujeres. Su madre, Olimpia, llegó a temer que su hijo fuese un homosexual pasivo, el *amado* (*erómenos*) de algún oficial. Por eso intentó enfrentarse al *posible problema* y buscó, para *espabilar* a su hijo, a una experta *hetaira* de Tesalia, llamada Calixena, que fue introducida, por la propia Olimpia, en los aposentos del joven príncipe, quien no demostró el más mínimo interés por ella (1).

Plutarco nos relata que

Siendo aún niño dio buenas pruebas de su autocontrol (...), se mostraba poco atraído por los placeres corporales y los usaba con no poca moderación.

También manifestaba una inclinación natural a la literatura, y era amante de aprender y muy buen lector (2).

Su lectura favorita era "*La Ilíada*", que siempre llevaba consigo y que colocaba, amorosamente, junto con su puñal, debajo de su almohada. También leía a los grandes trágicos griegos: Eurípides, Sófocles y Esquilo, y admiraba a su maestro Aristóteles.

Es decir, prefería leer "*La Ilíada*" y otras obras literarias antes que interesarse por las relaciones sexuales con las *hetairas* más hermosas y más experimentadas en el arte de la diosa Afrodita.

Otro ejemplo de esta *indiferencia hacia las féminas* lo constituye la siguiente anécdota, que nos ha llegado a través del latino Plinio: el pintor favorito de Alejandro, Apeles, llegó a enamorarse de una hermosa muchacha, de nombre Pancasta, que era entonces amante de Alejandro, y a la que había pintado desnuda. Cuando Alejandro descubrió ese amor semiclandestino no se interpuso entre los dos, antes bien, ofreció Pancasta a su admirado Apeles (*Historia Natural*, XL, 36).

En el año 333 a. C. Alejandro toma como mujer a Barsine, unos diez años mayor que él, que había sido esposa de Mentor y de Memnón de Rodas. Barsine era hija del general persa Artabazo y descendiente del rey Artajerjes II, por parte de su madre. ¿Esposa o concubina? Para A. B. Bosworth Barsine fue tan sólo "*amante*" de Alejandro. Para Antonio Tovar, tan sólo una "*concubina*". Para Claude Mossé, al

tomar a Barsine (o Barsina), como concubina, Alejandro adopta el mismo comportamiento que el héroe homérico Aquiles con su "*Cautiva bien amada Briseida*", pues Barsine formaba parte del botín obtenido tras la victoria militar en Isos (3). De Barsine Plutarco nos dice que "*estaba educada en la cultura griega*" (XXI, 8) y que destacaba por su belleza y su nobleza.

Para Mary Renault las relaciones de Alejandro con Barsine son una "*invención*" posterior, fruto de las intrigas acaecidas a propósito de la herencia de Alejandro:

El elemento dudoso de la historia no sólo reposa en este hecho, sino en los poderosos motivos que existían para inventarla (...). Sin embargo doce años después de la muerte de Alejandro apareció un muchacho de diecisiete años (...), presunto hijo de ella (...), fue un peón demandante y efímero durante las guerras de sucesión, elegido por su parecido físico con Alejandro (4).

La autora continúa hablándonos de que tal *confusión* se debió al hecho de su matrimonio con otra Barsine, hija del rey Darío. Esta "*segunda*" Barsine es Estatira, la hija mayor del Gran Rey de los persas, que sólo en Arriano (VII, 4, 5) aparece con este nombre.

El hijo existió si debemos fiarnos de los (pocos) textos conservados. Un hijo llamado Alejandro Heracles, probablemente bastardo, dada la condición de concubina de su madre. Quinto Curcio Rufo pone en labios de Ptolomeo estas durísimas palabras:

¡Verdaderamente se trata de una descendencia digna de gobernar al pueblo macedonio la constituida por el hijo de una Roxana o el de una Barsine, en su mayor parte cautivos y cuyos nombres Europa tendrá incluso vergüenza de pronunciar! ¿Valía la pena haber vencido a los persas para convertirnos en esclavos de sus descendientes? (5).

La tradición nos hace saber que el gran amor femenino de Alejandro es Roxana, nombre propio que en la antigua lengua persa significa "*Luz*", "*Luminosa*". Hammond, en su obra "*Alejandro Magno, Rey, general y estadista*", escribe que:

No es sorprendente que Alejandro estuviese tan estrechamente unido a Hefestión como Aquiles lo había estado a Patroclo; pero este afecto no excluía su amor por Roxana (6).

Pero ¿quién era Roxana? La hija de un *cacique* rebelde, Oxiartes, que fue capturada después de que la fortaleza, donde estaban refugiadas las mujeres, fuese tomada, con un audaz golpe de astucia y de audacia. Esta fortaleza era conocida como la Roca Sogdiana, en Bajsun-tau, a unos veinte kilómetros al este de Derbent, en Uzbekistán. Roxana era una princesa de Bactria (actual Afganistán) que cautiva pasaría a convertirse en la esposa de su captor. Su padre, Oxiartes, había sido uno de los partidarios del usurpador Beso, el asesino del rey Darío, que, en el año 330 a. C., se proclamó rey con el nombre de Artajerjes IV. Cuando Alejandro la vio, se enamoró, renunció a su derecho de captura y pidió a su padre casarse con ella. Su matrimonio

con Roxana parece ser que no fue una cuestión política, como lo fue su posterior casamiento con la hija de Darío, Estatira-Barsine, y con la de Artajerjes III Oco, Parisátide, en las célebres "Bodas de Susa". El profesor Francisco Javier Gómez Espelosín es de la opinión de que

El matrimonio con Roxana sirvió para sellar un período de hostilidades difícil y complicado y para recalcar las pretensiones de Alejandro de convertirse en el señor legítimo de toda la región (7).

Sin embargo en Plutarco persiste la idea de una boda por amor:

Respecto a su boda con Roxana, fue una cuestión de amor, después de haber visto su hermosura en plena juventud en un coro durante una fiesta (...) Porque se había mostrado el hombre de mayor templanza en temas de amor y no había accedido a acercarse a Roxana, que fue la única mujer por quien quedó rendido de amor, antes de que se celebraran las bodas (8).

Quinto Curcio también nos relata este encuentro y enamoramiento en términos muy parecidos:

(...) Roxana, de una belleza extraordinaria y de una elegancia de modales rara entre los bárbaros. Esta, aunque caminaba en medio de jóvenes escogidas, sin embargo hizo volver hacia sí las miradas de todos, especialmente las del rey, que, (...) tenía cada vez menos dominio sobre sus pasiones. Y así Alejandro (...) ahora había venido a enamorarse de una chiquilla humilde si se la comparaba con la estirpe real (...). Y no tenían por qué pensar que iba a abusar de la joven; lo que quería era unirse a ella en matrimonio legal (9).

Y, también, Arriano:

Tenía este Oxiartes una hija, en edad núbil, aún virgen, de nombre Roxana. Los que servían a las órdenes de Alejandro afirmaban que era la mujer más hermosa que en Asia habían visto después de la mujer de Darío. Alejandro, una vez que la vio, quedó enamorado de ella. Aún prendido de ella como se sintió, no quiso forzarla a sus deseos, aunque era su cautiva, sino que consideró más digno tomarla por esposa (10).

Así, cuando Oxiartes, tuvo noticias de que sus hijas habían caído prisioneras de Alejandro, y que éste mostraba interés por su hija Roxana, en un acto de audacia se presentó ante Alejandro, de quien recibió un trato muy distinguido, cual procedía ante tal feliz situación (11).

De Roxana se decía que era “*La dama más hermosa de toda Asia*”y que “*Alejandro quedó embelesado al verla*”. Sin duda el matrimonio tenía un sentido político pero, al mismo tiempo, a sus veintinueve años, “*eligió a la única muchacha que inflamó su corazón*”, tal y como escribe el profesor Robin Lane Fox, quien, además, nos informa que el pintor griego Eción fue el que mejor captó el emocionante clima que se produjo en la boda del rey macedonio (12). ¿Matrimonio por amor? ¿O matrimonio de conveniencia? Paul Cartledge se inclina por la segunda opción cuando escribe que “*No deberíamos creer la interpretación sentimental que se ha dado al matrimonio de conveniencia que contrajo con Roxana, hija de un noble principal de Sogdiana*” (13). Después de contraer matrimonio con Roxana, a Alejandro sólo le quedarían cinco años de vida. Las fuentes conservadas no nos hablan de las relaciones entre los dos esposos, tan sólo nos hacen saber que Roxana tuvo un aborto, o que tuvo un niño que murió al poco de nacer, cuando Alejandro había alcanzado el Jhelum, porque Roxana acompañó a su esposo en la expedición a la India (14), y que tardó más de cuatro años en quedarse embarazada. Su embarazo se produjo después del fallecimiento de Hefastión, amigo fiel y *amante* de Alejandro. El hijo de ambos nacería después de haber muerto Alejandro.

La ceremonia de la boda es descrita por Quinto Curcio Rufo:

El rey, encendido de deseo, hizo traer, según la tradición de su país, un pan (el símbolo más sagrado entre los macedonios de la unión conyugal): se partía con una espada y la pareja lo probaba (15).

El llamado Pseudo Calístenes “*confunde*” a Roxana con Estatira-Barsine, al hacerla hija del rey Darío. Este autor tardío pone en labios de un Darío moribundo estas palabras dirigidas a Alejandro:

Te entrego a mi hija Roxana para mujer, para que dejéis hijos para nuestra memoria por tiempos eternos (16).

Y hace escribir a Alejandro una curiosa, y ficticia, epístola dirigida a Estatira, esposa de Darío, que había muerto antes de la batalla de Arbelas, y a la reina madre, a la que llama Rodó (según el Manuscrito B) o Rodoguna (según el Manuscrito A). Este breve fragmento de la misma es una buena muestra de la gran imaginación de este autor que conocemos con el (inapropiado) nombre del Pseudo Calístenes:

De acuerdo con el consejo de Darío, Roxana será mi esposa y compañera en el trono, si eso es de vuestro agrado. Desde ahora mismo quiero y ordeno que sea reverenciada como esposa de Alejandro. Conservaros bien (17).

La “*Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*” del Pseudo Calístenes fue escrita, con bastante probabilidad, a mediados del siglo III d. C., en tiempos de la dinastía de los Severos: Septimio Severo (193-211), Caracalla (211-217), Heliogábalo (219-222) y Alejandro Severo (222- 235), gran admirador del Macedonio. Es decir, cinco siglos después de la historia que narra. Se trata, pues, de una fabulación novelesca que

convierte a Alejandro Magno en un héroe mitológico, sobrenatural, llena de paisajes exóticos, fantasía a raudales y aventuras ficticias (18).

El libro del llamado Pseudo Calístenes sirvió de inspiración para una "*novelita popular*" que el profesor Carlos García Gual califica de "*Folletín de Alejandro*" y que fue un texto bizantino que se editó en Venecia en dos ocasiones: en 1529 y en 1750. Su título es "*Nacimiento, hazañas y muerte de Alejandro de Macedonia*", de autor anónimo (19). En esta "*novelita*", Roxana también aparece como hija de Darío. Aquí el propio Darío, moribundo, entrega a su hija, que asiste a la agonía y muerte de su padre, como esposa a Alejandro:

Aceptad, rey Alejandro, a Roxandra, la hija de mis entrañas. Y levantándose del trono, la recibió Alejandro de mano de su padre y la sentó a su lado (20).

Pero lo más sorprendente de esta "*obrita*" es el suicidio "*romántico*" de Roxana (Roxandra la llama el anónimo autor) ante el cuerpo sin vida de Alejandro, como una futura Julieta mucho antes del nacimiento del genial Shakespeare:

"Alejandro, amado mío, no es cosa posible que, muerto tú, no aborrezca yo la vida; y por mejor tengo que muramos hoy en uno y no vivir sin verte, rey mío".

Y dicho esto, tomó el puñal que Alejandro llevaba a la cintura y, apuntándolo a su corazón, echóse sobre él y al punto entregó el alma (21).

En este "*folletín*" los episodios y las aventuras descabelladas se suceden y se entremezclan con personajes del Antiguo Testamento, como el profeta Jeremías que se aparece a Alejandro en sueños (22), y reflexiones moralizantes como las que sirven de conclusión final: de nada sirven el poder, la riqueza, los imperios, pues:

Ninguna ganancia de este siglo con nosotros llevaremos, que sola el alma con su haber ha de cargar, sea ello bueno o sea malo. Por ende, para ella han de ser nuestros cuidados, hermoseándola con buenas y cristianas obras y temor de Dios y caridad y amor hacia nuestros hermanos, que por ello recibiremos muy rico galardón y vida eterna, mas de los bienes de este siglo no esperemos haber provecho alguno, porque todo es cosa vana, según dice Salomón: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad"(23).

Estamos, de nuevo, a mediados del año 327 a. C. La guerra afgana ha sido dura pero ha concluido felizmente para Alejandro. Ha logrado someter a los feroces guerreros bactrianos y sogdianos, y, a partir de la boda de Alejandro con la bella hija del "*cacique*" Oxiartes, Roxana, pasarán a engrosar las filas del ejército greco-persa. Juntos emprenderán la conquista de la India.

A principios del año 324 a. C. Alejandro, en las célebres "*Bodas de Susa*" tomó dos nuevas esposas: Estatira-Barsine, hija mayor de Darío, y Parisátide, hija del anterior rey persa Artajerjes III Oco, sin, por ello, haber repudiado a su concubina Barsine, la madre de su primer hijo, ni a la bellísima Roxana. Tres esposas y una concubina son muchas mujeres para un hombre que sintió, a lo largo de su vida, una pasión homosexual, constante y fiel, por su amigo Hefestión y que tenía fama de ser *continente* en sus relaciones con miembros del sexo femenino.

Susa era una de las tres capitales del gran Imperio Persa, junto con Persépolis y Pasargada. En Susa se encontró *la Estela de Hammurabi*, uno de los primeros códigos grabados en piedra de la Historia de la Humanidad. Otra ciudad muy importante era Ecbatana, capital de la Media y residencia de verano de los reyes persas. Precisamente en Ecbatana morirá, muy poco tiempo después de las "*Bodas de Susa*", Hefestión, su gran amor masculino.

Tanto para el historiador escocés Tarn como para la helenista francesa Claude Mossé estos matrimonios multitudinarios tenían como razón principal la fusión entre los dos pueblos, el mestizaje cultural y étnico y la idea utópica de la creación de una especie de Imperio Universal en el que bárbaros y griegos vivieran en armonía (24). En esta misma idea insiste el profesor Robin Lane Fox cuando escribe que "*Alejandro deseaba vincular a los griegos y a la nobleza macedonia, de donde procedían ahora la mayoría de sus gobernadores, con las niñas de la aristocracia nativa a la que finalmente había suplantado*", y por esta razón "*Las mujeres serían las más beneficiadas, pues de repente se convertirían en esposas de pleno derecho, sus hijos tendrían que ser reconocidos y sus maridos no podrían abandonarlas sin más o sustituirlas por una mujer de posición más elevada*", así pues "*Las bodas eran un intento de incluir a sus súbditos en un Imperio cuyos puestos en las satrapías procedían mayoritariamente de ellos*" (25).

Este acontecimiento singular aparece relatado por Plutarco (*Alejandro*, LXX, 3) y por Arriano:

Tomó por mujer a la hija mayor de Darío, Barsine (llamada Estatira) y, según nos dice Aristobulo también a la hija más joven de Oco, llamada Parisátide (...). A Hefestión le asignó Dripetis, hija también de Darío, y hermana, por tanto, de su mujer, a fin de que los hijos de Hefestión entraran en su familia como sobrinos suyos (26).

Arriano nos habla de un total de ochenta parejas. Ateneo, en cambio, aumenta la cifra hasta noventa y dos matrimonios (XII 538 b - 539 a).

Eumenes de Cardia, se desposa, en Susa, con dos hijas de Artabazo, llamadas Artacama y Artonis. Pero Plutarco, en su "*biografía*" de Eumenes de Cardia, da a estas dos mujeres otros nombres diferentes:

En efecto, Barsine, la hija de Artabazo, la primera mujer que Alejandro había conocido en Asia y de la que tuvo un hijo, Heracles, tenía dos

hermanas. A una, Apama, Alejandro la casó con Ptolomeo y a la otra, también llamada Barsine, con Eumenes, cuando hizo el reparto de las mujeres persas como esposas entre sus compañeros (27).

Nearco, el famoso marino, lo hará con una hija que Barsine tuvo con Mentor de Rodas, su primer marido.

La ceremonia es descrita por Arriano con minuciosidad:

Las bodas se celebraron según el ritual persa; se instalaron unos sillones para las novias, puestos en fila, donde tomaron asiento las novias después del brindis, cada una en su sillón, una al lado de la otra. Los novios las tomaron de la mano y las besaron, comenzando primero el rey, ya que la celebración de las bodas se hizo simultáneamente. En esta ocasión, más que en ninguna otra, Alejandro actuó en plan de igualdad y con gran sentido de lo que es la camaradería (28).

Con estas bodas Alejandro trata de imponer a sus hombres, que despreciaban todo lo no griego considerándolo bárbaro, la creencia en la fusión de los pueblos, la hermandad entre todos los seres humanos. El historiador australiano Bosworth ve las cosas desde una perspectiva mucho más pragmática: las bodas de Susa tenían la finalidad de legitimar a sus Compañeros como señores de los territorios conquistados y evitar que, si las princesas y damas nobles persas se casaran con miembros masculinos de la aristocracia local acabaran convirtiéndose en instrumentos de una futura, y temida, revolución. Por eso a las princesas Aqueménidas y a las damas más nobles y distinguidas se les dio un marido macedonio o griego, como Eumenes de Cardia. Siempre se casaban los macedonios con las mujeres persas y nunca al revés, hombres persas con mujeres macedonias o griegas. Por otro lado, se puede pensar en que Alejandro buscaba el apoyo de la nobleza y de las élites dirigentes iránias para intentar mantener unido un Imperio de dimensiones tan colosales. Serían, pues, "*matrimonios políticos*" (29). Así, a finales del invierno del año 324 a. C. macedonios, persas, griegos, medos, bactrianos y demás pueblos asiáticos se hermanaron en una ceremonia festiva y fastuosa. Claude Mossé opina que Alejandro quería hacer que todos los hombres formasen un solo "*Demos*", es decir, buscaba la materialización de un sueño utópico: "*Un mundo unificado en el que griegos y bárbaros ya no se distinguieran*" (30). Paul Cartledge se olvida de romanticismos cuando escribe que lo que buscaba Alejandro era "*El designio e crear una clase gobernante irano-macedonio y de perpetuar su Ejército imperial explotando la fertilidad de la asiáticas*" (31). Aparentemente se buscó crear una nueva convivencia entre los pueblos, de carácter universalista y cosmopolita, que duró muy poco, porque Alejandro, su impulsor, moriría un año después, en el 323 a.C. Pero, como señala el profesor Francisco Javier Gómez Espelosín, la verdadera fusión étnica sólo se pudo dar en las capas más bajas de la población, ya que, dada la carencia de mujeres macedonias y griegas, salvo algunas prostitutas y "*hetairas*" más o menos famosas (como Tais), que acompañarían al ejército, los soldados acabaron uniéndose con las mujeres indígenas (32).

Muerto Alejandro, su viuda Roxana, que estaba embarazada, se deshace de Estatira y de su hermana Dripedis, la viuda de Hefestión, con la complicidad de Pérdicas, el general a quien Alejandro había cedido temporalmente su poder. Sus cuerpos fueron arrojados a un pozo (Plutarco, *Alejandro*, LXXVII, 6). Es decir, mandó asesinar a las dos princesas Aqueménidas ¿Por qué mandó matar a la joven viuda de Hefestión? ¿Qué clase de celos atormentarían a Roxana para poner fin a la vida de las dos hijas del rey Darío? ¿Las consideraría cómplices y culpables de la preferencia amorosa de Alejandro por Hefestión, a quien el joven rey macedonio amaba mucho más que a ella misma? ¿Estaría la princesa Estatira embarazada de pocos meses y se abriría la posibilidad de que podría ser madre de un heredero de sangre real persa y macedonia entremezcladas? De ser así, el móvil de Roxana sería algo mucho más apremiante y justificado que una simple cuestión de celos. Para Mary Renault fue "*Exactamente lo mismo que habría hecho Olimpia en su situación*", por eso, añade, "*cuando las reinas se encontraron, debieron de descubrir que tenían mucho en común*" (33) ¿Por qué, en cambio, dejó con vida a Barsine, quien, posteriormente, también fue eliminada, junto con su hijo Alejandro Heracles, por Casandro? ¿Cómo y por qué tuvo la suerte de poder huir de las (asesinas) manos de Roxana? ¿Por haber sido una simple concubina y no una verdadera y legítima esposa de Alejandro y, claro está, no haber visto en Barsine un serio peligro para el hijo que ella, Roxana, estaba esperando? No podemos responder a ninguna de las preguntas. Lo cierto es que de la misma manera que sus esposas se aniquilaban entre sí, sus amigos más íntimos y sus compañeros acabaron destruyéndose mutuamente, en crueles guerras civiles, y destruyeron, de esta forma, el inmenso Imperio que Alejandro había conquistado. Muchos murieron violentamente en medio de las más terribles intrigas y de cruentas luchas fratricidas. Y, así, vemos que en el año 311 a. C. Casandro se deshizo del hijo de Alejandro Magno, el llamado Alejandro IV, que contaba unos trece años de edad, junto con su madre, la princesa sogdiana Roxana. También el propio Casandro, el más ambicioso e implacable de los generales de Alejandro Magno, es el que mandó matar a Barsine junto a su hijo Alejandro Heracles, en el año 309 a. C., deseoso de "*eliminar cualquier signo visible de la semilla de Alejandro*" (34).

Poco a poco cada uno de los generales pasó a proclamarse rey de los territorios que había ido ocupando, con lo que el Imperio se deshizo y acabó dividiéndose en varios reinos independientes, al frente de los cuales estaban los llamados "*diadocos*": Casandro, que gobernó Macedonia y Grecia, Ptolomeo que se quedó con Egipto, Lisímaco que ocupó Tracia, Seleuco que hizo lo mismo con Siria y Antígono, con Asia Menor, inmenso territorio que, a la muerte de éste, acabó siendo repartido entre Lisímaco y Seleuco (35).

Si su padre, el rey Filipo II de Macedonia, practicó la "*diplomacia conyugal*", es decir, el difícil arte de buscar alianzas y "*vínculos maritales*" para neutralizar al posible enemigo y convertirlo en un aliado, su hijo Alejandro le imitó en sus dos matrimonios con nobles asiáticas: en Sogdiana, cuando se casó con Roxana (en el año 327) y en Persia (en 324), al desposarse con dos princesas de la casa real de los Aqueménidas, Estatira y Parisátide. Para el historiador británico Paul Cartledge "*Los autores posteriores exagerarían estos matrimonios en conformidad con el espíritu romántico, y sobre todo*

el primero, contraído con Roxana, si bien la realidad debió ser mucho más prosaica y práctica” (36).

NOTAS

- (1) Caratini, Roger: *Alejandro Magno*, Barcelona, 2002, Plaza y Janés, Pág. 80.
- (2) Plutarco, *Alejandro*, IV, 8 y VIII, 2.
- (3) Bosworth, A. B.: *Alejandro*, Pág. 86. Mossé, Claude: *Alejandro Magno: El Destino de un Mito*, Madrid, 2004, Espasa-Calpe, Págs. 122-123. Ruipérez, Martín S. y Tovar, Antonio: *Historia de Grecia*, Barcelona, 1983, Hora S.A., Pág. 260. Rodríguez Monedero: “Entre mito e historia: Alejandro y la reina de las amazonas”, en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Jaime Alvar y José M^a Blázquez (Eds.), Madrid, 2000, Actas Editorial, Págs. 190-191. Lane Fox, Robin: *Alejandro Magno. Conquistador del Mundo*, Traducción de Maite Solana, Barcelona, 2007, Ediciones Acanalado, Págs. 85, 284-285, 480, 511, 538, 659, 673, 689, 761, 829, 842, 886 y 911.
- (4) Renault, Mary: *Alejandro Magno*, Barcelona, 2002, Edhasa, Pág. 107.
- (5) Quinto Curcio Rufo, X, 6, 13-14.
- (6) Hammond, Op. Cit., Pág. 36.
- (7) Gómez Espelosín, F.J.: *Introducción a la Grecia antigua*, Madrid, 1998, Alianza, Pág. 302.
- (8) Plutarco, *Alejandro*, XLVII, 7-8. El subrayado es mío. Claude Mossé basándose en Plutarco, califica el enlace matrimonial de Alejandro y Roxana como un matrimonio por amor, e insiste en esta misma idea cuando afirma que: “La naturaleza del vínculo, el amor (eros) que unía al rey y a la joven”. Como prueba de ello nos dice que Alejandro “No quiso en absoluto tocarla antes de haberla desposado legalmente” (Mossé, Claude: *Alejandro Magno: el Destino de un Mito*, Madrid, 2004, Espasa-Calpe, Pág. 123.
- (9) Quinto Curcio Rufo, VIII, 4, 23.
- (10) Arriano, IV, 19, 5.
- (11) Arriano, IV, 20, 4.
- (12) Lane Fox, Robin: *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*, traducción de Maite Solana, Barcelona, 2007, Págs. 109 y 110. Gómez Espelosín, Fancisco javier: “Amor, matrimonio y política. Las mujeres de Alejandro”, National Geographic nº 50, 2008, Pág. 60.
- (13) Cartledge, Paul: *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007, Ariel, Pág. 23.
- (14) Lane Fox, Robin: *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*, Op. Cit., Pág. 601.
- (15) Quinto Curcio Rufo, VIII, 4, 27.
- (16) Pseudo Calístenes, II, 20.
- (17) Pseudo Calístenes, II, 22.
- (18) García Gual, Carlos: Prólogo de la edición de esta obra publicada por la Editorial Gredos, Madrid, 1977, donde hace un análisis crítico de la novela y de la mitificación de Alejandro que aparece en esta *narración pseudohistórica*. Del mismo profesor Carlos García Gual es este interesante artículo “*Vida de Alejandro de Macedonia*”, incluido en su libro *Apología de la novela histórica*, Barcelona, 2002, Península, Págs. 57-74, cuya lectura es muy recomendable.
- (19) *Nacimiento, hazañas y muerte de Alejandro de Macedonia*, Madrid, 1999, Gredos. Introducción de Carlos García Gual, Págs. 9-26.

- (20) Op. Cit., Págs 137.
- (21) Op. Cit., Pág. 217.
- (22) Op. Cit., Pág. 199.
- (23) Op. Cit., Pág. 218.
- (24) Gómez Espelosín, F. J.: *Introducción a la Grecia antigua*, 1998, Alianza, Pág. 300.
- (25) Lane Fox, Robin: *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*, Barcelona, 2007, El Acantilado, Págs. 673 y 674.
- (26) Plutarco, *Alejandro*, VII, 4, 4-5.
- (27) Plutarco, *Eumenes de Cardia*, I, 3.
- (28) Arriano, VII, 4, 7.
- (29) Bosworth, A. B.: *Alejandro Magno*, Cambridge University Press, 1996, Págs. 210-213.
- (29) Guzmán Guerra, Antonio y Gómez Espelosín, Antonio: *Alejandro Magno de la historia al mito*, Madrid, 1997, Págs. 176-17. Fildes, Alan y Fletcher, Joann: *Alejandro Magno hijo de los dioses*, Barcelona, 2002, Blume, Pág. 146.
- (30) Mossé, Claude: *Alejandro Magno: el Destino de un Mito*, Madrid, 2004, Espasa-Calpe, Págs. 128-129.
- (31) Cartlegde, Paul: *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007, Ariel, Pág. 222.
- (32) Gómez Espelosín, Fco. J.: *Introducción a la Grecia antigua*, Madrid, 1998, Alianza, Pág. 303; *Historia de Grecia antigua*, Madrid, 2001, Akal, Pág. 273.
- (33) Renault, Mary: *Alejandro Magno, Op. Cit., Pág. 251.*
- (34) Gómez Espelosín, Francisco Javier: "Amor, matrimonio y política. Las mujeres de Alejandro", National Geographic n° 50, 2008, Pág. 64.
- (35) Fildes, Alan y Fletcher, Joann: *Alejandro Magno hijo de los dioses*, Op. Cit., Págs. 156 y 157.
- (36) Cartledge, Paul: *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007, Ariel, Págs. 9 y 10.

FUENTES ANTIGUAS TRADUCIDAS AL ESPAÑOL, POR ORDEN ALFABÉTICO

ANÓNIMO: *Nacimiento, hazañas y muerte de Alejandro de Macedonia*, Madrid, 1999, Gredos. Introducción de Carlos García Gual, traducción de Carlos R. Méndez. Se trata de una versión popular y cristianizada de la obra del Pseudo Calístenes.

ARRIANO: *Anábasis de Alejandro Magno*, 2 Volúmenes, Madrid, 1982, Gredos, Biblioteca Clásica, traducción de Antonio Guzmán Guerra. Nos encontramos con una de las principales fuentes histórico-literarias para el estudio de Alejandro Magno.

DIODORO SÍCULO: *Alejandro Magno (Libro XVII)*, Madrid, 1986, Akal. Edición de Antonio Guzmán Guerra.

JUSTINO: *Epítome de las "historias Filípicas" de Pompeyo Trogo*, Madrid, 1995, Gredos, Biblioteca Clásica, traducción de José Castro Sánchez.

PLUTARCO: *Alejandro Magno*, Madrid, 1986, Akal, Edición de Antonio Guzmán Guerra. Madrid, 1999, Cátedra, Edición y traducción de Emilio Crespo.

PLUTARCO: *Eumenes*, Madrid, 1998, Alianza, traducción de M^a Antonia Ozaeta Gálvez. Imprescindible para conocer la turbulenta época de los Diádocos y sus enfrentamientos entre ellos, así como los vaivenes en los cambios de alianzas.

PSEUDO CALÍSTENES: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid, 1977, Gredos, Biblioteca Clásica, traducción de Carlos García Gual. Se trata de una fantástica recreación novelada de la Biografía de Alejandro. Por otra parte, constituye un texto de lectura muy amena. Es importante para estudiar la recepción de la figura de Alejandro en la Edad Media. Muy interesante es la Introducción del profesor García Gual.

QUINTO CURCIO: *Historia de Alejandro Magno*, Madrid, 1986, Gredos, Biblioteca Clásica, traducción de Francisco Pejenaute Rubio.

A esta lista de autores clásicos greco-romanos, el historiador británico Paul Cartledge añade el nombre de una mujer escritora, del período helenístico: NICOBULA, que, al parecer, escribió un opúsculo difamatorio contando los escándalos que protagonizó el joven monarca macedonio a lo largo de su vida (Cartledge: *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007, Ariel, P